



ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA
DE LA HISTORIA

CLIO

SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA

AÑO LVIII ENERO- DICIEMBRE, 1989 NÚM. 146



Impresión:

Editora Alfa y Omega C. por A.

José Contreras No.69 Tels.: 532-5577/78

Santo Domingo, Rep. Dom.

Esta edición de CLIO, fue preparada por los Académicos Mons. Hugo E. Polanco Brito y Dr. Julio Genaro Campillo Pérez, con la colaboración del Lic. Américo Moreta Castillo.



CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

Año LVIII

Enero-Diciembre 1989

No. 146

SUMARIO

	Pág.
Decreto del Poder Ejecutivo No. 116-89 que dispone el traslado al Panteón Nacional de los restos de varios dominicanos ilustres, 26 de marzo 1989	9
Programa de los actos para el traslado de los restos del prócer Pedro Francisco Bonó	11
"Panegírico a Pedro Francisco Bonó", por el Dr. Franklyn Almeyda Rancier, Rector de la UASD	15
Discurso de presentación del nuevo académico de número Lic. Manuel A. García Arévalo a cargo del académico Dr. Carlos Dobal, sesión solemne 6 diciembre 1989	25
Discurso de ingreso del nuevo académico de número Lic. Manuel A. García Arévalo: "Dimensión y perspectiva del Quinto Centenario del Descubrimiento de América"	33
"Las luchas por la libertad" por el Lic. Carlos Larrazabal Blanco (ADH)	61
"A la memoria de don Carlos" (1894-1989) por Dr. Julio G. Campillo Pérez, (ADH)	67
"Pedro Troncoso Sánchez, abogado e historiador" por Luz Solano Borrero Hernández	71
"Despedida del Lic. Pedro Troncoso Sánchez por Mons. Dr. Hugo E. Polanco Brito, Presidente de la ADH	75

"Posiciones de principio en la Historia Política Dominicana" por el Lic. Pedro Troncoso Sánchez (ADH).....	77
A Román Franco Fondeur, por el Dr. Julio G. Campillo Pérez (ADH).....	91
Noticias Informativas de la Academia	97

**MIEMBROS DE LA ACADEMIA DOMINICANA
DE LA HISTORIA EN 1989**

MIEMBROS DE NUMERO

Sillón	Nombre	Ingreso
A	Dr. Julio G. Campillo Pérez	1 diciembre, 1971
B	Dr. Frank Moya Pons	25 abril, 1978
C	Dr. Manuel de Jesús Goico C.	30 noviembre, 1979
D	Lic. Manuel García Arévalo	6 diciembre, 1989
E	Dr. Carlos Dobal	27 junio, 1987
F	Vacante	
G	Lic. Pedro Troncoso Sánchez	(†) 23 mayo, 1989
H	Lic. Francisco Elpidio Beras	16 julio, 1957
I	Lic. Manuel Amiama	3 marzo, 1952
J	Dr. Manuel de Js. Mañón A.	9 febrero, 1973
K	Dr. Joaquín Balaguer	14 noviembre, 1954
L	Mons. Hugo E. Polanco B.	14 marzo, 1970

MIEMBROS SUPER NUMERARIO

Lic. Carlos Larrazábal Blanco (†) 25 marzo, 1989

MIEMBRO CORRESPONDIENTES

Dr. Porfirio Herrera Báez, Mons. Juan Félix Pepén, Dr. Angel Salvador del Rosario Pérez, Licda. María Ugarte, Lic. Pedro Julio Santiago, Lic. Bernardo Vega, Lic. Roberto Marte, Dr. Fernando Pérez Memén, Dr. Francisco Henríquez Vásquez, Arq. Eugenio Pérez Montás.

**DECRETO No. 116-89 QUE DISPONE EL TRASLADO
AL PANTEON NACIONAL DE LOS RESTOS DE
VARIOS DOMINICANOS ILUSTRES.**

JOAQUIN BALAGUER
Presidente de la República

NUMERO: 116-89

CONSIDERANDO: Que en el Panteón Nacional deben reposar no sólo los restos mortales de las grandes figuras de las guerras de la Independencia y de la Restauración, acreedoras por su estatura histórica a ese honor reservado por la patria a sus hijos más esclarecidos, sino también los dominicanos de mayor relieve desde el punto de vista cívico, intelectual y moral, cuya conducta y cuyas obras lo hagan asimismo dignos de esa honra;

VISTA la Ley No. 4463, de fecha 2 de junio de 1956;

En ejercicio de las atribuciones que me confiere el artículo 55 de la Constitución de la República,

DECRETO:

Artículo 1.- Se dispone el traslado al Panteón Nacional de los restos mortales de los historiadores Antonio del Monte y Tejada y José Gabriel García; de los poetas José Joaquín Pérez y Fernando Gastón Deligne; del líder cívico guía espiritual de varias generaciones, Don Federico Henríquez y Carvajal, cuya memoria se halla ligado estrechamente a la del insigne patriota cubano José Martí; y de los Ex-Presidentes Constitucionales Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, Don

Ramón Cáceres y General Horacio Vásquez, el primero como el Presidente de Jure de la República Dominicana, después de la elección en julio de 1916 por el Congreso Nacional, durante la ocupación del territorio dominicano por fuerzas militares extranjeras en el período 1916—1924 y de los dos últimos, figuras relevantes en el movimiento que dio como resultado el establecimiento de la democracia en el país en el año 1899, electos en comicios libres en 1908 y 1924, respectivamente.

Artículo 2.- La Comisión que se encargará de organizar los actos correspondientes y de poner en ejecución las disposiciones del presente Decreto, quedará integrada de la siguiente manera: el Presidente de la Academia Dominicana de Historia, quien la presidirá; sendos representantes de las Secretarías de Estado de las Fuerzas Armadas, de Interior y Policía y de Educación, Bellas Artes y Cultos; el Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua; el Director de la Biblioteca Nacional, y por los señores Doña Hilda Schott de Padovan; Dr. Virgilio Hoepelman y Dr. Manuel de Jesús Mañón Arredondo.

• DADO en Santo Domingo de Guzmán, Distrito Nacional, Capital de la República Dominicana, a los veintiséis (26) días del mes de marzo del año mil novecientos ochenta y nueve; año 146^o de la Independencia y 126^o de la Restauración.

Joaquín Balaguer

**PROGRAMA
DEL TRASLADO AL PANTEON NACIONAL DE LOS
RESTOS DEL PROCER**

PEDRO FRANCISCO BONO
26 - 28 abril, 1989

Miércoles, 26 de abril de 1989

4:00 p.m. : Capilla del Cementerio de San Francisco de Macorís.

Traslado solemne de los restos de Bonó hacia la Catedral de Santa Ana.

5:00 p.m. a 8:00 p.m. : Catedral Santa Ana, San Francisco de Macorís
Capilla Ardiente.

8:00 p.m. : Salón de Actos del Ayuntamiento, San Francisco de Macorís.

Conferencia a cargo del Lic. Roberto Santos, Director del Centro Universitario Regional del Nordeste (CURNE), de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Jueves, 27 de abril de 1989

9:00 a.m. : Misa en Catedral de Santa Ana, concelebrada por los Obispos Hugo E. Polanco Brito y Jesús María de Jesús Moya, quien tendrá la homilía.

10:00 a.m. : Despedida a cargo del Lic. Antonio Guzmán

López, Abogado y munícipe distinguido de San Francisco de Macorís.

- : Salida hacia BONAÓ. Honores Militares.
- : Colocación de los restos en capilla ardiente en Parroquia San Antonio (BONAÓ).
- : Semblanza Biográfica de Pedro Francisco Bonó a cargo del Dr. Virgilio Hoepelman.
- 3:00 p.m. : Salida a Santo Domingo.
- 5:30 p.m. : Llegada de los restos a Iglesia Regina Angelorum. (Padre Billini esq. José Reyes).
- : Honores militares, colocación de los restos en capilla ardiente y Guardia de Honor.
- 8:00 p.m. : Fin de Guardia de Honor.

Viernes, 28 de abril de 1989

- 8:00 a.m. : Servicio de Cadetes.
- 8:30 a.m. : Misa presidida por Monseñor Hugo E. Polanco Brito, Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, y de la Comisión Oficial.
- 9:30 a.m. : Desfile cívico hacia el Panteón Nacional.

ITINERARIO:

- a) Calle José Reyes;
 - b) Arzobispo Nouel;
 - c) Palo Hincado (Puerta del Conde: Honores Militares e interpretación del Himno Nacional);
 - d) El Conde Peatonal, y
 - e) Las Damas.
- 11:00 a.m. : Acto en Panteón Nacional.

1. Honores Militares.
2. Entrada al Panteón Nacional de la urna con los restos de Bonó; del Excelentísimo Señor Presidente de la República, Dr. Joaquín Balaguer; y de la Comisión Oficial.
3. Discurso de orden a cargo del Dr. Franklin Almeyda Rancier, Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y miembro de la Comisión Oficial.
4. Palabras de agradecimiento a cargo de la Señora Casimira Añil Bonó, sobrina-nieta de Pedro Francisco Bonó.
5. Ofrendas Florales.
6. Entrega de bandera a la familia de Pedro Francisco Bonó.
7. Inhumación de los restos del Prócer Bonó.
Toque de corneta
Salva de fusiles.
8. Saludo de la Comisión al Presidente de la República.
9. Fin de ceremonia.

PANEGIRICO A PEDRO FRANCISCO BONO

Pronunciado por el Dr. Franklin Almeyda Rancier,
Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo
con motivo del traslado de sus restos al
Panteón Nacional.

Dr. Joaquín Balaguer,
Honorable Señor Presidente de la República.
Reverendísimo Monseñor Hugo Polanco Brito,
Presidente de la Academia de Historia y de la
Comisión para este Homenaje a Pedro Francisco Bonó.

Fue una justa y hermosa iniciativa del poeta fallecido Dr. Máximo Avilés Blonda el traslado de los restos del patriota Don Pedro Francisco Bonó al Panteón Nacional; la Universidad la hizo suya y acogida con gran interés por el Honorable Señor Presidente de la República, Dr. Joaquín Balaguer, quien dispuso además que el acto se celebrara en esta fecha y el panegírico lo pronunciaríamos nosotros.

Para este panegírico hemos preferido tratar el pensamiento del prócer Bonó, no sus datos biográficos.

Todos los autores coinciden en la necesidad de honrarlo, como en este momento se hace exaltándolo al Panteón Nacional, sacrosanto lugar de la Patria.

Aunque ocupó funciones públicas tan importantes como la de legislador, juez varias veces, Ministro y algunas de tanta valía como Ministro de Guerra durante el Gobierno Restaurador de la República en Armas, se negó, en cambio, a asumir, cuando se le propuso, la presidencia de la República.

Nació en Santiago de los Caballeros y se radicó en San Francisco de Macorís hasta el día de su muerte. Conocedor de la formación social de su pueblo y del alcance de las instituciones frágiles que surgieron del naciente Estado Dominicano; profundo observador, dejó ensayos que son antipos de un investigador social con una capacidad científica no usual en su época.

Es notorio cómo en *"Apuntes para los Cuatro Ministerios de la República"*¹ él hace comentarios acerca del problema monetario que son de actualidad. Se refirió a cómo la devaluación de la papeleta afectó el poder adquisitivo de los que recibían un salario hacia el período en que el escribió esos apuntes. Decía que el soldado que ganaba cuatro pesos mensuales en 1844, en realidad recibía un peso y sesenta centavos fuertes; luego en 1849 esos mismos pesos se convirtieron en veinticinco centavos y cuando se les aumentó el sueldo a dieciséis pesos, hacían entonces veintitrés centavos de paga.

Más adelante afirma:

*"Una medida de valores tan variable como el papel moneda sólo causa la ruina de la nación donde circula, y el solo remedio que hay, es cambiarla por una que ha costado para producirla la suma de trabajo que con ella se compre..."*²

El era médico y abogado, no economista; pero sus observaciones válidas para su época también lo son para la nuestra. Reclamaba una moneda fuerte, decía que:

*"El oro y la plata son los únicos que hasta ahora se han encontrado, e inútil es buscar otros más propios para la circulación..."*³

Ese es un criterio aún vigente para nuestra época. Lo único que le da vigor a la moneda es el respaldo que pueda

1) Papeles de Pedro F. Bonó, Emilio Rodríguez Demorizi, Academia Dominicana de la Historia, Volumen XII, Editora del Caribe, Sto. Dgo., 1964, Pág. 80.

2) Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. Cit. P. 103.

3) Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. Cit. P. 103

tener. Como sabemos, a mayor circulación de dinero sin respaldo, más débil es su poder adquisitivo, y eso es lo que ahora está afectando la economía de nuestros países. El respaldo a nuestra moneda se ve más reducido por la deuda externa; en la búsqueda de soluciones para activar la economía se crea a veces un círculo vicioso, haciéndose inversiones que sólo propician una situación de inflación y que a su vez da pábulo a la especulación.

Como si fuera un autor moderno, y adelantándose a su época, Bonó entendía que:

*“La economía política es un ramo de la ciencia social, y para explicar debidamente sus fenómenos en una sociedad dada, hay que recorrer toda su vida; sus leyes, sus costumbres y sus hábitos... Estudiada en esta forma la cuestión económica de la República, pueden calcularse con bastante exactitud las fuerzas que tenemos en acción, las impulsiones recibidas, las resistencias opuestas y los resultados hasta hoy obtenidos. Así, teniendo conocimiento exacto de nuestra sociedad presente, nuestras investigaciones no pueden salirse del campo que conduce a los medios más convenientes para quitar los obstáculos que estorban su progreso.”*⁴

No puedo evitar pensar en el Profesor Juan Bosch cuando leo a Don Pedro Francisco Bonó. Este, al igual que aquél, escribe con dureza para sacudir la conciencia de los intelectuales de su época:

*“No quiero ser el apologista de nuestras miserias, que junto con mis compatriotas sufro y que como a ellos me hacen sonrojar; sólo he querido y deseo destruir el tono envanecido de nuestro hablar que a nadie engaña y hacer entrar a nuestros hombres ilustrados en el estudio serio y concienzudo de las causas de nuestro evidente atraso.”*⁵

Lógicamente, Pedro Francisco Bonó, fue un expositor de las características de nuestra sociedad en su época y llegó a formular recomendaciones que ahora nos resultan

4) Idem.

5) Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. Cit., P. 249.

comprensibles, pero que en ese período sólo se debatían en países donde el desarrollo del capitalismo había alcanzado su mayor esplendor.

Nuestro país, de capitalismo tardío, inicia estas relaciones de producción —según lo precisa el profesor Juan Bosch— *“al comenzar el último tercio del siglo XIX cuando se fundó en la República Dominicana el primer establecimiento capitalista... Ese establecimiento fue el ingenio La Esperanza que levantó en las vecindades de la Capital un cubano de los que habían salido de su país a causa de la guerra de independencia iniciada allí el 10 de octubre de 1868...”*⁶

Cuando Bonó escribe en sus “Apuntes para los Cuatro Ministerios de la República”, lo hace tomando en consideración las características precapitalistas de la sociedad dominicana; lo hizo sin aparentemente darse cuenta de que hablaba de relaciones precapitalistas de producción; esa era una categoría sociológica que aún no se manejaba. Esos apuntes fueron publicados en 1857, en esa misma fecha escribió Carlos Marx “Formaciones Económicas Precapitalistas”, que es exactamente de lo mismo que para ese año y en esos apuntes escribe Bonó.

Lo curioso es cómo Bonó describe la ausencia de relaciones capitalistas de producción y la forma demostrativa y pedagógica de presentar sus ideas; dice:

“...El capitalista que hubiese emprendido cualquier cosa en el país, necesitaba hacer una creación completa para nivelar los productos de su empresa a los obtenidos en países extranjeros. Si por ejemplo se hubiera dedicado a la agricultura como lo más posible, encontraba el precio del trabajo muy subido por el escaso número de proletarios, consecuencia inmediata de lo barato de las tierras que hacen a todos propietarios; luego encontraría mucha ignorancia en los pocos jornaleros que reclutara, y tendría que servirse

6) Capitalismo Tardío en la República Dominicana: Juan Bosch, Editora Alfa y Omega, Sto. Dgo., 1987, 1987, P. 9.

de trabajadores extranjeros, cuya importación debía causarle grandes gastos de transporte y aclimatación. Si hubiese querido servirse de los aperos necesarios a la labor de la tierra, según lo exigen una agricultura adelantada y un gran establecimiento agrícola, no debía esperar la fabricación de arados, molinos, etc. de los artesanos del país que no digo hacerlos, ni verlos han podido. Luego de obtenido el producto todavía estaría al principio de su tarea, pues no hallaría medios de transportarlo al mercado, y si estos embarazos y otros que encontraría a su paso no vencían al capitalista, aún le quedaba otro obstáculo, que desbarataba todos sus cálculos: el papel moneda.”⁷

El capitalismo es un sistema, es un modo de producción. Bonó lo demuestra con la explicación anterior. No se trata de que el capitalismo se importe trayendo capitalistas. Para enfatizar señalaba:

“Lo que constituye la fuerza de una nación, es la riqueza...”

...Un país pobre ha de tener malos caminos y si tiene malos caminos ha de ser pobre; ha de tener malas leyes y si buenas, mal ejecutadas y peor comprendidas; no ha de tener tampoco enseñanza pública: deduciéndose, que siendo nuestro país archipobre, las tres cosas son lo peor de lo peor.”⁸

Es inexplicable cómo este patriota, servidor de las mejores causas de la Nación Dominicana, expuso el papel que juega en la sociedad la actividad productiva. Habló del tabaco y destacó su importancia en el proceso histórico de su época.

Afirmó:

“...El ha sido, es y será el verdadero Padre de la Patria para aquellos que lo observan en sus efectos económicos, civiles y políticos. El es la base de nuestra infantil democracia por el equilibrio en que mantiene a las fortunas de los

7) Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. Cit., P. 94-95.

8) Idem, P. 96

*individuos, y de ahí viene siendo el obstáculo más serio de las oligarquías posibles; fue y es el más firme apoyo de nuestra autonomía, y él es por fin quien mantiene en gran parte el comercio interior de la República por cambios que realiza con las industrias que promueve y necesita.”*⁹

El valor del cultivo del tabaco lo destacó por encima de la siembra del café, el cacao y el plátano. Señaló que el cultivo del tabaco creaba riqueza para quien lo hacía y multiplicaba esa riqueza al poner a trabajar a productores de accesorios como los fabricantes de serones, de sogas de empacar y de un sinnúmero de trabajadores más que terminaban relacionándose entre sí y con los comerciantes que sacaban el producto al mercado.

En cambio, se refirió al café como una producción de trabajo no activo y dijo que:

*“Los ratos que otras faenas más perentorias dejan a nuestro agricultor los emplea en sembrar en sus platanales algunas carretas de café, como una economía del consumo de la familia.”*¹⁰

Siendo Ministro de Justicia e Instrucción Pública hizo una exposición sobre las condiciones generales de la judicatura y presentó un informe completo sobre los centros de educación. En 1867 él decía que:

“En el país sólo hay un establecimiento de enseñanza superior gratuito, el Seminario, que los demás son escuelas primarias, que hay 42 comunes y sólo nueve, o quizás catorce, con escuelas públicas; y en ellas 481 alumnos, diremos la mitad más por los restantes; agreguemos, aunque fuera de mi propósito por no ser instrucción gratuita, un número de 600 niños en escuelas particulares, en esta forma: 200 en Santo Domingo, 100 en Santiago, La Vega y Moca; 100 en los campos de estas tres comunes, y 200 en los demás pueblos de la República Dominicana y tendremos la siguiente adición, 481 más 241 más 600, igual: 1,322, o si se quiere, aunque será una exageración suponerlo, 1,500 niños

9) Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. Cit., P. 199

10) Idem, P. 166

*en escuelas gratuitas, para una población probable de 300,000 habitantes desparramados en 3,200 leguas cuadradas. Creo, sin temor a equivocarme, que se ha dado siempre y se sigue dando aún instrucciones gratuita a un niño por cada dos mil habitantes en las provincias del interior.”*¹¹

Don Pedro Francisco Bonó fue tan profundo en sus observaciones que describe nuestra sociedad como si fuera un científico social de nuestra época. Del ható ganadero señaló:

*“...El fondo de la riqueza en el país consiste en animales de crías, es decir, que los habitantes como pueblo casi primitivo, son aún pastores, pero los ganados no son guardados directamente; no se oye aquí el canto detrás de los rebaños, el cuerno detrás de las piaras, que harían presumir la vigilancia del dueño o guardián. Los animales vagan sin pastor, como dije en mi exposición al Ministerio, en sabanas inmensas, en bosques vírgenes.”*¹²

Y refiriéndose a las consecuencias mismas de ese modo de producción, trató lo relativo a la forma en que el esclavo en la parte española llegó a integrarse a los grupos familiares de sus amos, como si fuera parte de él; si bien lógicamente guardando la distancia en las reuniones encopetadas, aunque admitido en el trato íntimo y general de la familia del amo, a diferencia —como señalaba él mismo— del odio y desprecio intenso que en la parte francesa existió, fruto de una actividad productiva que los diferenció y distanció completamente.

Se refirió también a las condiciones de las vías de comunicación, y afirmó en sus “Apuntes sobre las Clases Trabajadoras Dominicanas” que:

“La Capital de la República, asiento de los Altos Poderes del Estado, agrupación por fuerza dirigente, cerebro de todo el cuerpo de la Nación, está separada al ras de todo el tronco por la ausencia de una red de caminos que la ponga en contacto inmediato con todos los segmentos territoriales

11) Emilio Rodríguez Demorizi, F. 148

12) Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. Cit., P. 142

*de la República. Todo encarecimiento es poco para pintar lo agreste, lo salvaje de la desierta y mal acabada trocha que hace comunicar a la capital con Santiago. Cincuenta o sesenta leguas del más rudo tránsito posible no tiene una sola posada, una miserable venta, donde, como en la de Don Quijote, pueda uno encontrar un duro, apocado y fementido lecho de dos mal lisas tablas, y una escasa cena de bacalao servida por una Maritornes. Cuatro poderosos ríos de crecientes perpetuas sólo tienen para vadearse canoas casuales, rotas y ya idas a pique, de particulares egoístas, y todas estas barreras entre los dos más fuertes grupos de la República son causa de que el respeto y la consideración al Gobierno sea más bien nominal o sentimental, que el efecto natural de la trabazón de intereses comunes, o del legítimo temor que inspira la irrupción repentina de las fuerzas de la capital para sostener la situación del día.”*¹³

Como hemos visto, ese hombre extraordinario se refirió al capitalismo con mucha propiedad; habló de la existencia de oligarquías y clases sociales; demostró la importancia de la actividad productiva en el proceso histórico de su pueblo y llegó a sugerir al comercio —hecho que hay que destacar— la creación de un banco de préstamos. No fue, sin embargo, hasta el surgimiento del régimen de Trujillo, cuando se fundó el primer banco; a Trujillo, afirma el Profesor Juan Bosch, *“le tocó jugar el papel de impulsor del capitalismo dominicano... y crear las bases del capitalismo financiero...”*¹⁴

El primer banco comercial lo fue el de Reservas, estatal y depositario de los fondos fiscales; luego, en 1963, se fundó el primer banco comercial privado.

Fue un defensor de la soberanía de la Nación Dominicana hasta el extremo de señalar que ceder cualquier punto de la costa o del interior *“es el suicidio de la vergüenza, el oprobio”*.¹⁵

Es que Don Pedro Francisco Bonó fue un patriota muy

13) Emilio Rodríguez Demorizi, Ob. Cit. P. 215

14) Juan Bosch, Ob. Cit. P. 19-20

15) Emilio Rodríguez Demorizi, P. 130

honesto que estableció relaciones personales con Duarte, compañero de Mella, amigo de Luperón, Francisco Ulises Espaillat, Hostos; y admirador sin dobleces de la Confederación de las Antillas, ideal compartido con éstos, sus amigos, y Martí, Máximo Gómez y Betances.

Entiendo que no ha sido casual el que el Dr. Joaquín Balaguer haya seleccionado este día, 28 de abril, para la realización de esta exaltación patriótica a esa figura venerable llamada Don Pedro Francisco Bonó. Aún nuestro pueblo lucha por la consolidación de la soberanía y autodeterminación del Estado Dominicano.

El actual Presidente de la República inició su carrera política participando —como lo dejó dicho en sus Memorias— *“en los mítines y en las manifestaciones multitudinarias que se organizaron”* contra la primera ocupación militar yanqui de 1916”¹⁶

El patriotismo se cultiva en actos como éste de hoy, en la escuela, en las universidades, en el hogar, en los cuarteles, y en una que otra peña para discutir temas literarios y políticos de actualidad.

A veces, para extranjeros y para algunos nacionales es muy difícil entender el proceso histórico de la nación dominicana, que aflora como una guerra invisible logrando golpes de sorpresa. Hoy resulta admirable saber que el Dr. Joaquín Balaguer cultivó relaciones con Albizu Campos, luchador emulado después de su muerte, por la independencia de Puerto Rico; con la valiente maestra Ercilia Pepín y los demás ciudadanos que organizaban cada 16 de julio conferencias en la Sociedad Amantes de la Luz de Santiago sobre temas que cultivaban el antillanismo y el patriotismo; más aún, el Dr. Balaguer amigo de Juan Juarbe, acompañante de Pedro Albizu Campos cuando estuvo en el país en 1927, compartió con él *“...la tarea de reunir recursos en Santiago y en otras ciudades del país en favor de la causa puertorriqueña.”*¹⁷

16) Memorias de un Cortesano de la “Era de Trujillo”: Joaquín Balaguer, Editora Corripio, 7ma. edición, Sto. Dgo., 1989, P. 34.

17) Joaquín Balaguer, Ob. Cit., P. 44.

Hoy debo decir públicamente lo que expresé al Dr. Joaquín Balaguer en privado, cuando el 19 de octubre del pasado año, en la develización de la estatua de Eugenio María de Hostos, en la Plaza de la Cultura le dije:

“El Dr. Balaguer que nosotros admiramos es el que desde sus años juveniles ha sido un defensor de la soberanía y la autodeterminación del Estado Nacional”.

En él y el Profesor Juan Bosch tiene el pueblo dominicano en este siglo las raíces vivas de la historia dominicana. Con frecuencia sectores de la población dominicana se confunden, y en el calor político irrespetan estas figuras venerables que se disputan el liderazgo para conducir a la Nación por los caminos que uno y otro entienden adecuados y correctos. En esas luchas exhiben sus experiencias, maestría y una dureza elegante que los diferencia en cuanto al pensamiento político e ideológico que prima en ambos.

Un elemento es común en los dos, y es que son estudiosos de la historia de nuestra sociedad y de los personajes que, como Bonó, han creado cimientos para que la sociedad dominicana tenga un apoyo fuerte y una identidad propia.

Como ciudadano he hecho lo mismo que muchos dominicanos: he tratado de aprovechar a uno y a otro, aunque no puedo estar al lado de los dos, porque en ellos hay diferencias ideológicas que los hacen tomar caminos distintos y por lo mismo, con resultados históricos también disímiles. Sin embargo, en ambos encontramos a Bonó, Pedro Albizu Campos, Betances, Martí, Hostos, Máximo Gómez, y con todos ellos, la esencia de la Patria antillana y latinoamericana.

**DISCURSO DE PRESENTACION DEL ACADEMICO
DE NUMERO DON MANUEL GARCIA AREVALO,
LEIDO POR EL PROFESOR DOCTOR CARLOS DOBAL,
EN LA SESION SOLEMNE EL DIA
6 DE DICIEMBRE DE 1989.**

Autoridades Nacionales;
Señor Presidente de la Academia Excelentísimo Arzobispo
Hugo Eduardo Polanco Brito;
Distinguidos Colegas Académicos;
Señoras y Señores;

Hace una veintena de años nos urgía, a los efectos de engrandecer nuestra documentación sobre los pueblos aborígenes dominicanos, consultar con algún investigador consagrado y bien documentado en esta importante área de la historia patria. En la búsqueda mencionada, establecimos contactos con uno que nos fue muy bien recomendado como conocedor profundo del tema. Para nuestra sorpresa y asombro, se trataba de un joven que no llegaba a los veinte años...pero que, al tratarlo, se percibía inmediatamente que era un investigador culto y profundo. Era el hombre que necesitábamos.

Serio, estudioso, creativo y entusiasta había penetrado hondamente en la historia precolombina dominicana, bajo la orientación de uno de los más notables eruditos en este campo, el ingeniero Emile Boyrie de Moya.

Pronto, el joven estudioso nos documentó ampliamente en aquellos tópicos que nos interesaban; y fue tal nuestra complacencia que decidimos solicitar autorización de nuestros superiores académicos de la Universidad Católica Madre y

Maestra, para presentarlo a nuestros estudiantes de alto nivel. El joven investigador se desempeñó en el aula con capacidad y desenvoltura inconcebible para su edad.

Estudiantes y profesor quedamos encantados con la presentación en cátedra de Manuel García Arévalo, seguramente el más joven investigador que ha ocupado la cátedra de una universidad en nuestro país, sólo con el aval de sus profundos conocimientos, su serenidad y su facilidad de comunicación extraordinarios.

Hoy, aquel joven investigador va a ocupar el sitial del más prolífico de nuestros investigadores que acaba de abandonarnos llamado por el Altísimo, envuelto en los fulgores gloriosos de su vida consagrada al estudio y de sus 120 libros publicados, fundamentales para los investigadores del pasado histórico de la Patria.

Con cuánta satisfacción, afecto y orgullo me dirijo a mis colegas académicos, para presentar al nuevo miembro de número de nuestra institución y comentar el Trabajo de Ingreso del profesor Manuel García Arévalo.

Su curriculum vitae ha llegado a ser impresionante. Su extensión nos obliga, lamentablemente, a sintetizarlo: Don Manuel García Arévalo nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 6 de noviembre de 1948. Estudios: Colegio Dominicano de La Salle; Instituto de Estudios Superiores UNAPEC; Universidad de Michigan; Universidad Católica de Santo Domingo. Ha realizado cursos de especialización en Antropología e Historia.

Se ha destacado en el área de la investigación arqueológica, creando la Sala de Arte Prehispánico, auspiciado por la Fundación García Arévalo, Inc, institución que ha patrocinado un dinámico programa editorial sobre temas históricos, antropológicos y de divulgación educativa, que ya alcanza unos cincuenta títulos.

A la edad de 18 años fue invitado a dictar un ciclo de Charlas sobre la cultura taína en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, por iniciativa del profesor Carlos Dobal. Y participó en viajes de prospección arqueológica en el Cibao y la zona norte de la Isla, con el grupo de investigaciones formado por el Dr. Dobal con estudiantes del alto centro de estudio.

Por espacio de 20 años ha realizado trabajo de campo que incluyen yacimientos arqueológicos indígenas, al igual que asentamientos hispánicos, publicando muchos de estos informes en revistas y boletines especializados.

Participó en la exploración etnográfica organizada en el verano de 1974, por el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), en el Alto Orinoco y el Río Cuao para visitar las comunidades de los indios Piaroa y Guajibo. Sus observaciones etnográficas abarcan otras áreas orinoco-amazónicas de Venezuela, Brasil y Guyana. Realizando también excavaciones arqueológicas e investigaciones espeleológicas en varias islas del Caribe y Venezuela.

Ocupó el cargo de Director de Investigaciones Científicas del Museo del Hombre Dominicano; actualmente es Presidente del Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales; miembro de la Academia de Ciencias de la República Dominicana. Profesor Honorario de la Universidad Autónoma de Santo Domingo; miembro del Instituto Duarte; miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia y Directivo del Instituto Dominicano de Cultura Hispánica. Además de Co-Director del Museo Arqueológico Regional de Altos de Chavón; miembro del Consejo Directivo de la Oficina de Patrimonio Cultural; Presidente del Consejo Directivo del Centro Nacional de Artesanía (CENADARTE); Vicepresidente de la Comisión de la Casa de España en Santo Domingo para la Celebración del V Centenario del Descubrimiento y miembro de la Comisión Dominicana Permanente para la Celebración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América.

Ocupa, igualmente, posiciones directivas en varias instituciones culturales y de enseñanza superior, entre las que se encuentra la Universidad APEC; la Fundación Universitaria Dominicana; el Patronato del Museo de las Casas Reales; la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, entre otras.

Ha publicado ensayos y libros sobre la prehistoria y la cultura dominicanas; ha participado en congresos y seminarios nacionales e internacionales, es asiduo colaborador de la prensa nacional y conferencista sobre temas de su especialidad.

Entre sus libros están:

“Esquema para la Revisión de Nomenclaturas Arqueológi-

cas del Poblamiento Precerámico en las Antillas”, en co-autoría con P. Pina y M. Veloz Maggiolo, 1974. “Las Espátulas Vómicas Sonajeras de la Cultura Taína”, en co-autoría con Luis Chanlatte Baik, 1976. “Los Pasadores u Orejeras entre las Culturas Aborígenes del Período Ceramista Antillano: Aspectos Tipológicos”, 1976. “El Arte Taíno de la República Dominicana”, 1977. “El Museo Arqueológico Regional de Altos de Chavón”, 1980. “Los Indios de Quisqueya” Album de Cromos, 1982. “Cimarrón”, en co-autoría con José Juan Arrom, 1986. “El Carnaval en Santo Domingo”, en co-autoría con José del Castillo, 1987. “Nuestros Indios”, libro infantil para colorear, 1987. “Indigenismo, Arqueología e Identidad Nacional”, 1988. “Descubrimiento y Conquista”, libro infantil para colorear, 1988. “El Arte en la Sociedad Taína”, 1988. “Primeras Ilustraciones Arqueológicas de la Isla de Santo Domingo”, 1988. “El Murciélago y la Lechuza en la Cultura Taína”, en co-autoría con José Juan Arrom, 1989. “Antología del Merengue”, en co-autoría con José del Castillo, 1989. “Los Signos en el Arte Taíno”, 1989. “Inmigración Española a Santo Domingo” (en imprenta). “Temas Dominicanos del V Centenario”, (en preparación) y “El Higuero: Una comunidad alfarera dominicana”, en co-autoría con Francis Pou León (en imprenta).

Además, es director de la Revista Presencia Hispánica que edita la Comisión de la Casa de España, para la Celebración del V Centenario, así como de la Revista de la Fundación García Arévalo.

En el ámbito de la actividad folklórica y artesanal, ha realizado una activa labor en beneficio de nuestras comunidades artesanales rurales y en los barrios marginados, tratando de revalorizar las técnicas y diseños autóctonos para darle una función más acorde con la demanda actual que favorezca así el desarrollo socio-económico de estos sectores. Fruto de esta labor de fomento artesanal, están sus obras “La Artesanía y su Influencia en el Desarrollo de la Comunidad”, 1987; y “Hacia una Política de Desarrollo Artesanal en la República Dominicana”, 1987. En atención a esta labor, la Fundación Dominicana de Desarrollo dedicó en su honor la Feria Artesanal de Navidad del año 1985.

En la esfera industrial y financiera es Vicepresidente-Ad-

ministrador de la Embotelladora, C. por A., que elabora los refrescos Seven-Up y Red Rock, en el ámbito industrial también ocupa posiciones ejecutivas en otras empresas, tales como Azúcar Liquida, S.A., Tapas Nacionales, Luces Industriales y Envases Industriales, S.A., además de desempeñar posiciones directivas en varias organizaciones empresariales como la Asociación de Embotelladores de Bebidas Gaseosas de la República Dominicana y el Consejo Nacional de Hombres de Empresas.

Fue Miembro Consejero del Banco Condal Dominicano, Primer Vicepresidente del Banco Antillano, del Banco de Desarrollo Interamérica y del Consorcio Bantillano, así como de la Compañía Quisqueyana de Seguros, S.A. que opera este grupo económico, además desempeñó el cargo de Miembro de la Junta Directiva del Banco de Reservas de la República Dominicana, posición a la cual presentó renuncia al ingresar como miembro de la Junta Monetaria del Banco Central, cargo que desempeña en la actualidad.

Estudiemos, siquiera someramente, el discurso de ingreso a nuestra Academia de su novel miembro de número Don Manuel García Arévalo. Se trata de un enjundioso ensayo histórico que, dentro de su brevedad -37 páginas- concentra una interesante gama de asuntos tocantes al acontecimiento que se avecina. Su título: "Dimensión y Perspectiva del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América", anuncia sus contenidos.

A lo largo de su trabajo, García Arévalo aborda cinco temas de notables interés. Primeramente, hace un balance del conocido hecho histórico, significando sus proyecciones en diversos campos; y los compromisos que la importancia de éstas pueden significar para nuestro futuro nacional y continental.

Abre su ensayo, el distinguido investigador, aludiendo a "la fecundidad del siglo XV en el campo de las humanidades y de las artes" y al desencadenamiento, en esta época, de "la revolución científica y tecnológica provocada por la exitosa empresa del glorioso navegante". El trabajo de García Arévalo aclara muchas ideas, antes nebulosas, sobre el mundo físico que nos ha tocado vivir; se aclaran, la realidad de nuestra "irreversible vinculación a España y nuestra definitiva unión

al mundo histórico de la civilización”.

Nuevas verdades científicas -junto al extraordinario volumen de metales preciosos y nuevos productos alimenticios- aporta el Descubrimiento; tales como la “plena conciencia” de la esfericidad de la tierra y la disipación de los misterios del océano. Así como la confirmación de la teoría heliocéntrica de Copérnico, Galileo, Kepler y Newton.

Por todo esto, dice García Arévalo: “el viaje de Cristóbal Colón rasgó el velo de misterio que hasta entonces había ocultado lo desconocido, para dar paso a nuevas realidades. Quedaron atrás las dogmáticas concepciones del pasado, se ensancharon los saberes geográficos, se arrinconaron miedos y leyendas, dando inicio a una era de amplias proyecciones que abrió de par en par el portón de la modernidad que otros pronto continuaron y completaron. Comenzó entonces la verdadera historia universal o el inicio de la universalidad de la historia”.

En segundo lugar, nos recuerda García Arévalo, “los nuevos giros del pensamiento filosófico europeo resucitaron por una tierra nueva habitada por sociedades humanas que vivían en estado de naturaleza, como los tiempos idílicos de la Edad Dorada”.

Esto removió las clásicas ideas sobre comunidades utópicas que nacieron en la Hélade con la República de Platón. Aquí cita el autor cómo “al calor de la conmoción de los humanistas, provocada por el Descubrimiento, van a surgir la Utopía de Tomás Moro; La Ciudad del Sol, de Campanella y la Nueva Atlantis, de Francis Bacon. Para culminar en el siglo XVIII, con el Emilio, de Juan Jacobo Rousseau”...

Y añade el ensayista, que éstas ideas habrían de ser planteadas, “en la nueva realidad del mundo indígena, por Fray Pedro de Córdova, en Cumaná y por Las Casas, primero en las costas de Paria y posteriormente, en Guatemala”; perfeccionadas, dos siglos después por los jesuitas en las reducciones Guaraníes del Paraguay.

Trae también García Arévalo, la imagen subyugante del buen salvaje -uno de los temas radicales en el pensamiento de la futura ilustración, en que aparece éste asociado a la felicidad, la igualdad y la libertad- como uno de los “conceptos más importantes que surgen del hallazgo del Nuevo Mundo”.

Y como consecuencia, "estas ideas ingresarían a América y formarían la doctrina del movimiento emancipador que logró las independencias de nuestras naciones bajo la fórmula revolucionante de los derechos naturales del hombre".

En tercer lugar, aborda García Arévalo, las consecuencias del Descubrimiento, señalando que "la abundancia de los metales preciosos extraídos de América...se tradujo en un alza de precios en la Europa del siglo XVI, y estimuló el mercantilismo y el comercio mundial, acelerando el proceso de acumulación de capitales, fundamental para el desarrollo del capitalismo moderno".

García Arévalo remata esta tercera parte de su trabajo, ofreciéndonos un dato valioso e interesante que no sólo debe mover nuestro orgullo, sino animarnos hacia el futuro, evaluando nuestro pasado. Citando a Guillermo Céspedes, nos dice que la contribución del área del Caribe al caudal económico de las dos primeras décadas de la época colonial, arrojan un estimado de 30,000 kilos de oro, "cantidad muy superior a la totalidad de la producción de Europa en esos años"... Y añade: "la mayor parte, quizás el 80o/o del total procedió de la Isla Española"...

En cuarto lugar, continúa el trabajo de García Arévalo, señalando los que llama "aportes nutricionales de América al viejo continente, recordando el maíz, el cacao, el tomate, etc. Los que para el autor, habrían de hacer posible la revolución agrícola y el aumento demográfico en el viejo mundo.

En quinto lugar, se extiende el ensayista sobre el impacto étnico que provocó en nuestro continente los "cerca de veinte millones de esclavos africanos que fueron sustraídos de su lar nativo durante los tres siglos y medio que duró el sistema esclavista en América".

A este respecto, enfatiza García Arévalo, en la instalación de este "comercio triangular" entre Europa, Africa y América; y en el impacto importantísimo de la presencia africana en el Caribe, que influyó incuestionablemente mucho en la integración socio-cultural de nuestros pueblos.

Termina diciendo que "con el Descubrimiento se encontraron mundos disímiles en su cultura material y espiritual, fusionándose y transformándose desde entonces, por lo que ya nada volvió a ser igual que antes.. de la confluencia y

mutua interacción entre lo europeo, lo indígena y lo africano, que forjó esta realidad distinta que hoy es América”.

Las cinco partes en que hemos seccionado el excelente trabajo del académico García Arévalo, van a culminar en su entusiasta exaltación de la ciudad de Santo Domingo, “antesala del portentoso hecho que constituyó la conjugación de ambos mundos”. La que, por ser primera y sin par reliquia de la arquitectura europea en América, bien merece, como apunta el académico, el título de Patrimonio Arquitectónico de la Humanidad.

Y como colofón, Don Manuel García Arévalo sugiere a todos los pueblos americanos -al nuestro en primer lugar- aprovechar la conmemoración del V Centenario para el arranque de las hondas “transformaciones de naturaleza económica, política, social y jurídica, acordes con nuestras realidades”. Trayendo el pensamiento de nuestro Pedro Henríquez Ureña dice: “la unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más...Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia”. Y uniendo estas palabras del gran humanista al criterio expresado por el Rey Juan Carlos I de España, sobre la necesidad de articularse “nuestra comunidad iberoamericana en la realidad internacional del presente”, concluye el académico García Arévalo, haciendo votos porque “las fibras espirituales -fé, voluntad y coraje- con que arribaron los navegantes y colonizadores al Nuevo Mundo, sin ser en un destino promisorio para nuestra país en el concierto de naciones americanas, lanzando a todos los historiadores como un reto, la búsqueda de las soluciones urgentes que nuestra sociedad y nuestro tiempo reclaman, a la luz de las experiencias del pasado.”

**DISCURSO DE INGRESO DEL LIC. MANUEL GARCIA
AREVALO COMO MIEMBRO DE NUMERO DE LA
ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA,
PRONUNCIADO EL 5 DE DICIEMBRE DE 1989**

**Dimensión y perspectiva del Quinto Centenario del
Descubrimiento de América**

Como una especial distinción, los honorables miembros de la Academia Dominicana de la Historia me han conferido el honor de ser escogido para ocupar el asiento que quedó vacante con la sensible desaparición del eminente académico Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, quien con erudición y lucidez presidió por muchos años esta benemérita institución, consagrando su talento y voluntad tesonera al cultivo de la historia.

Rodríguez Demorizi ha sido el más fecundo de los historiadores dominicanos. En una febril actividad intelectual, incursionó en los más diversos campos del quehacer científico, artístico y literario. A él se deben enjundiosos trabajos sobre artes plásticas, lingüística, música, folklore, geografía, narrativa, periodismo y crítica literaria, así como estudios biográficos, para sólo citar algunas de las áreas de su mayor interés.

Durante más de medio siglo aparecieron, con una regularidad casi cronométrica, sus colecciones de documentos para la historia de la República Dominicana, que supo no sólo ordenar y comentar juiciosamente, sino editar con primoroso cuidado, en volúmenes que hoy forman parte de más valioso legado que historiador alguno haya hecho al país en este siglo.

Quiero reconocer, señores académicos, que no será fácil emular el ejemplo de mi ilustre antecesor, pero el honor que

me han dispensado al permitirme ocupar su asiento en el seno de esta docta corporación, compromete enteramente mi gratitud hacia ustedes y estimula mi interés en el estudio de la historia.

Hoy, 5 de diciembre, día en que se celebra el Descubrimiento de la Isla Española o de Santo Domingo, tengo la satisfacción de presentar mi discurso de ingreso y cumplir con uno de los preceptos reglamentarios que rigen esta prestigiosa entidad, al incorporarme como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia.

EL IMPACTO DEL DESCUBRIMIENTO

El relevante significado histórico y cultural de la fecha escogida por Monseñor Hugo Polanco Brito, Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, para este acto de incorporación, me ofrece la oportunidad para reflexionar sobre la trascendencia universal del Descubrimiento de América, máxime cuando dentro de muy pocos años habrá de conmemorarse el Quinto Centenario del acontecimiento que dio inicio al dramático encuentro de dos continentes y al enriquecedor surgimiento de un mundo nuevo.

Es ésta una formidable ocasión para hacer un balance de ese hecho histórico excepcional, del cual debemos extraer enseñanzas que nos conduzcan hacia una mayor conciencia de nuestra realidad como pueblo iberoamericano, y arribar así a unas conclusiones que nos permitan asumir un compromiso con el futuro, que represente el esfuerzo de todos por labrar un porvenir más digno para la nación.

El siglo XV abrió una nueva etapa en la historia de la Humanidad. Fue en esa centuria cuando cerró su ciclo milenario la Edad Media, dando paso a las nuevas corrientes renacentistas. El progreso técnico y los avances en el desarrollo incipiente de la ciencia provocaron decisivos cambios en la mentalidad europea, estimulándose el espíritu investigador y el sentimiento crítico e iniciándose, además, una etapa extraordinariamente fecunda en las humanidades y en las artes.

El Descubrimiento de América, ocurrido en las postrimerías de aquel siglo, vino a ser la culminación de un proceso de incesante búsqueda de nuevos horizontes ultramarinos y el

umbral de la Edad Moderna. Las repercusiones de ese magno suceso fueron exaltadas por el cronista Francisco López de Gómara quien, al dedicar al Emperador Carlos V su *Historia General de las Indias*, inicia su obra con estas conocidas palabras: "La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte de quien lo crió, es el descubrimiento de las Indias; y así, las llama Mundo Nuevo".

En su dimensión europea, el Descubrimiento y todos los hallazgos que ocurrieron después desataron una cadena de acontecimientos de indudable trascendencia para la Humanidad. Como apunta el americanista Silvio Zavala en su "Examen del título de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América"¹, hay que tomar en cuenta la revolución científica y tecnológica provocada por este hecho singular, que conlleva a poner de relieve la empresa de Cristóbal Colón, la cual, sin ser la primera ni la única dentro de los grandes descubrimientos, tiene su significación propia que merece ser recordada con primacía.

El Descubrimiento de América sentó las bases para un mejor saber acerca del globo terráqueo, de las rutas marinas y de las dimensiones continentales, así como de la habitabilidad de algunas zonas ignotas, influyendo profundamente en la formación de una idea más acabada de nuestro planeta y del universo.

De la misma manera que ya en adelante la historia de América tendría como hito la indeleble marca hispánica o colombina -por lo que se suele hablar de época prehispánica o de período postcolombino para señalar un antes y un después-, no es menos cierto que Europa también quedó irreversiblemente uncida a la realidad americana, incorporándola como algo consustancial a su devenir histórico.

Asombra ver el impacto que tuvieron en el Viejo Mundo los productos americanos. No sólo por el extraordinario volumen de los metales preciosos, sino también ese aporte -cada vez más valorado- que representó para el régimen alimenticio y las costumbres europeas el maíz, la batata, la papa,

1) Quinto Centenario, No. 12. Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, Madrid, 1987, págs. 33-40.

el cacao, la vainilla, el tomate y el colorante obtenido de la cochinilla.

La extraordinaria novedad de haber llegado a un mundo desconocido, revolucionó el saber y la cosmovisión de la época, sacudió las tradicionales concepciones ideológicas, dio rienda suelta a la utopía y nutrió la literatura y el arte. Con la invención de la imprenta y el Descubrimiento de América —hechos sobresalientes con los que finaliza el siglo XV—, se inició una etapa de renovación y modernidad que modificó el curso de la historia universal.

Para Alejo Carpentier², con el descubrimiento, exploración y conquista de América el hombre tomó conciencia plena del planeta donde le había tocado vivir. Con esos acontecimientos vertiginosos desaparecían las tierras incógnitas de los viejos cartógrafos, los océanos tenebrosos de las consejas antiguas y, de acuerdo con la profesía de Séneca, la Isla de Tule, o sea, Islandia, dejaba de ser el límite de la tierra. Se hizo entonces clara la esfericidad terrestre y no cupo ya dudas de que al otro lado de la Mar Océana existía un vasto continente que planteaba a la Humanidad una serie de problemas, muchos de los cuales empiezan a resolverse en el siglo XX.

INTERACCION ENTRE LA TEORIA CIENTIFICA Y LA PRACTICA TECNOLOGICA.

El Nuevo Mundo no encajaba dentro del contexto de las Antiguas Escrituras. El ciego respeto a la autoridad de los autores clásicos, matizado después por el cristianismo, fue una barrera efectiva que se opuso durante siglos al progreso de la ciencia. Todavía en el siglo XV mantenían plena vigencia los postulados greco-romanos en materia de geografía, cosmografía y astronomía, al grado que el compendio de Ptolomeo (siglo II, d.C.), que había llegado al ámbito cristiano a través de los árabes, conformó la concepción del universo hasta Copérnico.

No fue hasta los aportes de Copérnico, Galileo, Kepler y

2) Sobre La Habana (1912-1930)", Conferencias. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1987. pág. 59.

Newton cuando cobró auge la teoría heliocéntrica en lugar de la geocéntrica. De esta manera, se colocaba al sol como centro del cosmos, en vez de la tierra, rebasando así la interpretación de los textos canónicos. La fe y la ciencia contraponían, en aras de la verdad, ante el desafío planteado por los descubrimientos geográficos. Se comenzó a prestar mayor credibilidad a la observación directa que a las concepciones de los antepasados. El protagonismo del descubridor y el testimonio del cronista estaban llamados a dar la última palabra, confirmándose o rectificándose la teoría con la práctica. En este sentido, tal y como señala Luis Arranz Márquez: "...el siglo XV y la época de los grandes descubrimientos geográficos de portugueses y españoles significaron una conjunción armoniosa entre lo que se sabía o creía y la experiencia de unos hombres temerarios llamados descubridores"³.

La nueva tierra impuso voces y experiencia renovadoras, que irían moldeando profundos cambios en la conciencia europea, al margen de las viejas doctrinas que propiciaban una concepción cerrada y providencialista del mundo.

Esa visión emergente de la cosmografía, ese avance de la navegación, el perfeccionamiento de la cartografía, la superación de los presagios, supersticiones y leyendas existentes desde la Edad Antigua y aún vigentes durante toda la Edad Media, sobre las desconocidas extensiones oceánicas del Atlántico y la habitabilidad de los trópicos, ese inmenso estímulo para la indagación naturalista y antropológica, se deben en gran medida al hecho de producirse el Descubrimiento de América.

LAS TINIEBLAS DEL OCEANO

Desde la Antigüedad se fue arraigando la creencia en un mundo teratológico, localizado en regiones lejanas a la porción de la tierra habitada y conocida, sin que faltaran en él las recreaciones mitológicas de animales fantásticos y seres monstruosos, como dragones y sirenas, aves fénix y grifos, lo mismo que amazonas, antropófagos, centauros, cíclopes y pigmeos,

3) "Los Viajes de Colón", Cuadernos Historia 16, No. 116. Madrid, 1985, pág. 4.

junto a bestias marinas que atrapaban y hundían las naves.

Ante el peso de tal herencia no ha de sorprender que a la primera oportunidad se precipitara la imaginación de los descubridores y se relacionara o tratara de identificar lo que se veía en el Nuevo Mundo con tales portentos. De este modo, Colón, deslumbrado por la exótica belleza de las islas que descubre, confunde lo real con lo ilusorio y hasta es posible que le embargara una cierta desilusión cuando, en su célebre carta anunciando el Descubrimiento, dice que no había encontrado monstruos, o que aquellas tres "sirenas" que halló en ese primer viaje —que no eran otra cosa que manatíes—, lucían menos bellas que como se solían pintar⁴.

ISLAS FANTASTICAS Y TIERRAS MITICAS

Asimismo, otras fábulas y leyendas que se daban por ciertas desde la Antigüedad, unidas a la superstición medieval, avalaban la creencia de que en el océano o Mar Tenebroso se localizaban islas y parajes fantásticos, como la isla de San Brandán, la isla de las Siete Ciudades y la isla Antilia, que evoca la Atlántida de Platón, o se relaciona con las teorías de Aristóteles, Estrabón y Ptolomeo, entre otros tantos tratadistas clásicos y medievales que dejaban entrever la existencia de islas y lugares remotos y afortunados más allá de las "Columnas de Hércules".

En esta misma creencia cobra fuerza el interés de ubicar la existencia de lugares bíblicos como el Paraíso Terrenal, Tarsis y Ofir, entre otros parajes referidos por las Sagradas Escrituras y que los geógrafos cristianos sintieron la necesidad de localizar imaginariamente en los mapas de la época⁵.

4) Luis Arranz Márquez, op. cit., y la documentada obra de Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento I. Colón y su tiempo*. Alianza Editorial, Madrid, 1989. Sobre la referencia de las sirenas y la mitificación de América, ver también José Juan Arrom, "Manatí: El testimonio de los cronistas y la cuestión de su etimología". *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 2, Octubre de 1972, págs. 33-38, y *La otra hazaña de Colón*. Ediciones Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1979.

5) Acerca de estas islas fantásticas y tierras míticas, abundan los ejemplos en Juan Gil, op. cit. Es significativo igualmente el artículo de Fco. José Arnaiz, S. J., titulado "Aquellas islas de la fantasía", en *Más luces que sombras*. Colección V. Centenario, Santo Domingo, 1989, págs. 19-23.

EL TEMOR A LAS ANTIPODAS

Se temía, además, por la existencia de las antípodas, que suponía la presencia de una zona tórrida, de calores excesivos y escasas lluvias, con un antiecúmene meridional bañado por el mismo océano, sujeto a una gravitación paralela, por lo que esos inimaginables antípodas estarían “suspendidos cabeza abajo” y cuya existencia llegaba a considerarse doctrina “perversa y peligrosa”, sobre todo en aquella etapa medieval en que la geografía era esclava del dogma, pues el creer que había habitantes en el plano opuesto del globo era aceptar la existencia de pueblos que no descendían de Adán⁶.

Ante tales convicciones dogmáticas tuvo que enfrentarse Cristóbal Colón en el Consejo de Salamanca, para defender —como bien ha dicho Washington Irvin— la causa del Nuevo Mundo⁷, o mejor aún, su gran intuición de buscar el Levante por el Poniente, pues ni siquiera el propio Colón se imaginaba la existencia de América en medio del océano. Por lo que no es extraño que el Almirante, aferrado igualmente a tales creencias abonadas por la fantasía, muriese en la convicción de haber llegado al Oriente y llamase Indias a estas tierras.

Paolo Emilio Taviani, al hablar de cómo “se disipan las tinieblas del océano”, en su libro *Cristóbal Colón, génesis del Gran Descubrimiento*⁸, dice: “El miedo de ir a las antípodas era algo más que el miedo a lo desconocido; era una incógnita que durante siglos había sido alimentada por la fantasía de todos —cultos e incultos—; una fantasía desenfundada por falta de nociones precisas”.

Agrega Taviani, al discurrir sobre este tema: “Hoy estos simples partos de fantasía parecen increíbles, pero en aquel entonces hallaban crédito no sólo en los dibujos y en los poemas de los artistas, desde Pulci hasta Ariosto, sino también

6) En torno a las objeciones de que las antípodas estuviesen habitadas, resulta ilustrativo el libro de Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, págs. 60-64.

7) *Vida y Viajes de Cristóbal Colón*. Tercera edición. Libro II, Capítulo IV. Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig. Madrid, 1954, pág. 18.

8) Instituto Geográfico de Agostini, Editorial Delta, Barcelona, 1983, pág. 117.

entre los estudiosos. Excitaban la imaginación de los marineros y los dejaban más que temerosos, aterrados ante los largos viajes oceánicos”.

“Las leyendas eran muchas, empezando por la de las Columnas de Hércules, el paso abierto hacia el vacío, de los abismos. La tradición clásica de las “columnas” había perdido gran parte de su valor después del Descubrimiento de Madera y las Azores”.

“Sin embargo, no se había extinguido el temor a lo desconocido; sólo se había hecho retroceder unos centenares de leguas. Y se habían multiplicado, además, los inverosímiles y espeluznantes fantasmas del océano, llamado precisamente Mar Tenebroso”.

“Se había ampliado el orbe conocido, pero más allá quedaba siempre una vastísima incógnita: las antípodas”.

LA UNIVERSIDAD DE LA HISTORIA

El viaje de Cristóbal Colón rasgó el velo del misterio que hasta entonces había ocultado lo desconocido, para dar paso a nuevas realidades, produciéndose uno de los mayores cambios de rumbo del acontecer histórico. Quedaron atrás las dogmáticas concepciones del pasado, se ensancharon los saberes geográficos, se arrinconaron miedos y leyendas, dando inicio a una era de amplias proyecciones, que abrió de par en par el portón de la modernidad que otros pronto continuaron y completaron.

Nuevos espacios, nuevas gentes, nuevas formas y posibilidades de vida se conocieron a partir de este acontecimiento de tan relevante significación. Comenzó entonces la verdadera historia universal, o el inicio de la universalidad de la historia.

EL RENACER DE LA UTOPIA

Los primeros cronistas y propagadores del Descubrimiento —entre ellos Colón, Vespucio, Cuneo, Anglería, Oviedo, Gómara y Ramusio—, al ensalzar estas tierras y a sus naturales

fueron creando con sus emotivas impresiones⁹, una reacción de hondas y prolongadas repercusiones, contribuyendo así al nacimiento del mito de una "sociedad idílica", fundamentada en la creencia del "buen salvaje"¹⁰.

El hecho de haber llegado a una tierra nueva y habitada, comparable con el Paraíso Terrenal, la Tierra Prometida, el Jardín de las Delicias o el Edén, hace que el europeo relativice su propio pensamiento y su concepto de la sociedad, tomando así un nuevo giro las teorías que se tenían por ciertas y únicas acerca de Dios, la naturaleza y el mundo.

Ante la idea de que las sociedades humanas podían ser más justas y disfrutar de un mayor grado de felicidad, viviendo en estado de naturaleza, como en los tiempos idílicos de la Edad Dorada, cobró fuerza la concepción de un mundo utópico entre los humanistas europeos, siguiendo la gran tradición iniciada en la filosofía griega con La República de Platón, quien ya en la antigüedad formulaba el ideal de un Estado y una sociedad armónicas basados en la perfección de la justicia, y se reanuda con la Utopía (1516) de Tomás Moro, o en el pensamiento filosófico de Montaigne, quien influenciado por La Boétie, inmortaliza en sus Ensayos al "buen salvaje" en el capítulo dedicado a Los caníbales, reconociendo en los indígenas americanos un sentido de dignidad humana y libertad, contrapuesto a la realidad circundante en Europa, sumergida entonces en un caos de irracionalidad y violencia. Lo mismo sucede en la Ciudad del Sol (1623) de Campanella, así como la Nueva Atlantis (1626) de Francis Bacon, para culminar finalmente con el Emilio (1762) de Juan Jacobo Rousseau, quien convierte tales ideales en dogma político.

9) Con respecto a la actitud de los primeros cronistas ante los indígenas y la naturaleza americana, véase Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1978; y Ricardo Alegría, *Las primeras representaciones gráficas del indio americano 1493-1523*, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, Instituto de Cultura Puertorriqueña, Barcelona, 1978.

10) Hay una reinterpretación de esa base mítica, a la luz de la realidad latinoamericana, en la obra de Carlos Rangel, *Del buen Salvaje al buen revolucionario*. Monte Avila Editores, Caracas, 1977.

Durante el Renacimiento proliferaban las utopías al calor de la fuerte conmoción provocada por el Descubrimiento de América en los humanistas. Erasmo de Rotterdam, con su *Elogio de la locura* (1511), fue uno de los primeros en incursionar en los predios de la visión utópica, y la literatura erasmista, no sólo se convirtió en un movimiento purificador de la conciencia europea, sino que influyó notablemente en las élites coloniales indianas¹¹.

Pero fue con la obra de Tomás Moro —tal vez el exponente más clarificador del impacto del Descubrimiento del Nuevo Mundo en el humanismo más reformador e inconformista— cuando definitivamente toma cuerpo y forma la utopía renacentista, convirtiéndose su *Utopía* en la más importante de cuantas se escribieron durante aquel período de auge cultural. La utopía moreana se inserta en la corriente del más acendrado humanismo cristiano. Su visión de un mundo ideal parte de un análisis de las condiciones socio-económicas de la época, para plantear la existencia de una sociedad feliz basada en la equidad y en el estado de razón.

Para Moro, la justicia y la felicidad provienen de la instauración de un orden económico fundamentado en la igualdad social en consonancia con la naturaleza, tal y como se concebía en la teoría del "buen salvaje". Por tal razón, no ha de resultar extraño que el humanista inglés sitúe imaginariamente en el Nuevo Mundo la creación de su república ideal o estado utópico.

LA UTOPIA AMERICANA

En la práctica esta sociedad igualitaria, influida por las corrientes utopistas de la época, había sido planteada ya en el marco de la nueva realidad del mundo indígena tras la conquista, por Fray Pedro de Córdoba en Cumaná y Las Casas en

11) En el caso de la isla Española consultar la obra de José Almoira, *La Biblioteca Erasmista de Diego Méndez*. Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Vol. XXXV, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1945; al igual que el artículo de Pedro Henríquez Ureña, *Erasmistas en el Nuevo Mundo*, en "La Nación", de Buenos Aires, del día 8 de diciembre de 1935. El resurgimiento de la utopía como una consecuencia directa del Descubrimiento del Nuevo Mundo lo explica Germán Arciniegas en su obra *América en Europa*, Editora Sudamericana, Buenos Aires, 1975.

la Costa de Paia, y posteriormente en Guatemala. Ambos pretendieron aislar a los aborígenes del dominio directo de los colonos para crear comunidades perfectas, mediante su conversión a la fe cristiana.

A mediados del siglo XVI, esta utopía fue ensayada por Vasco de Quiroga con los pueblos-hospitales en Michoacán, lo mismo que por Fray Jerónimo de Mendieta, Fray Juan de Zumárraga y Fray Pedro de Gante, en otras partes de México.

Posteriormente fue formulada por el franciscano Fray Luis de Bolaños y llevada a su perfección con la organización social que realizaron los jesuitas en las reducciones guaraníes del Paraguay, donde se intentó materializar el sueño de construir una "república teocrática, una ciudad de Dios en la selva".

UTOPIA Y LIBERTAD

También en *La tempestad* (1623) de Shakespeare encontramos la imagen del "buen salvaje", como sinónimo de perfecta integración y armonía entre el hombre y la naturaleza, así como de igualdad entre los seres humanos. En esta obra del célebre dramaturgo inglés resurgen los grandes tópicos renacentistas de la utopía filosófica, los márgenes del conocimiento humano y la vinculación entre individuo y naturaleza. Shakespeare, como muchos de sus coetáneos, quedó maravillado por los resultados de los viajes y descubrimientos iniciados a finales del siglo XV, de donde tomó esa imagen del "buen salvaje", asociada a la igualdad, a la libertad y a la felicidad de los seres que viven cerca del estado de naturaleza, que es —tal y como ha dicho un ilustre pensador latinoamericano— el concepto más importante que surge del hallazgo del nuevo mundo¹².

Muchas de estas ideas ya señaladas se dejarían sentir en los enciclopedistas franceses, especialmente entre Montesquieu, Voltaire y Rousseau, influyendo así en los planteamientos ideológicos de la Revolución Francesa¹³.

12) Arturo Usler Pietri, "El mito americano". La otra América. Editorial Alianza. Madrid, 1974, pág. 31.

13) Acerca de la concepción antropológica de Voltaire, Rousseau y otros pensadores del siglo XVIII, remitimos al lector a Michèle Duchet, *Antropología e historia en el siglo de las luces*. Siglo XXI Editores, México, 1975; Urs Bitterli, *Los "salvajes" y los "civilizados"*. El encuentro de Europa y Ultramar. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

En un ciclo de retorno, estas ideas ingresarían a América y formarían la doctrina del movimiento emancipador que profirió las independencias de nuestras naciones, bajo la forma revolucionaria de los derechos naturales del hombre.

LA RIQUEZA AMERICANA Y SU IMPACTO EN EUROPA

Por otra parte, la abundancia de los metales preciosos extraídos de América —de las minas de Guanajuato, Popayán, Potosí y Zacatecas, entre otras— se tradujo en un alza de precios en la Europa del siglo XVI y estimuló el mercantilismo y el comercio mundial, acelerando el proceso de acumulación de capitales, fundamental para el desarrollo del capitalismo moderno. Por lo que acertadamente el filósofo y economista Adam Smith, apuntó, en su obra *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776), que: “El descubrimiento de América y el del paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza, son los acontecimientos más grandes e importantes que se registran en la historia de la humanidad”¹⁴.

Como bien señala Earl J. Hamilton en el prefacio de su libro *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*: “Ningún otro período de la historia ha experimentado tan grande incremento proporcional en la producción de metales preciosos como el ocurrido en los comienzos de la conquista de México y Perú. Una pequeña parte de tesoros se obtuvo en las Antillas antes de 1520, pero los más descabellados sueños de los conquistadores quedaron superados al ser descubiertas las fabulosas minas del continente, en Nueva España, Perú y Nueva Granada. Derramados sobre Europa en cantidades gigantescas, el oro y la plata americanos precipitaron la revolución de los precios, la cual a su vez influyó de forma decisiva en la transformación de las instituciones

14) Con relación a los conceptos de Adam Smith en cuanto al desarrollo del capitalismo, los descubrimientos y la formación del mercado mundial, véase Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social. Capitalismo e historia: La escuela escocesa*, cap. 4. Editorial Crítica. Barcelona, 1982. Págs. 78-97.

sociales y económicas en los dos primeros siglos de la Edad Moderna”¹⁵.

En cuanto a la contribución del área del Caribe a este caudal de riqueza, sobre la cantidad de oro extraído durante las dos primeras décadas de la época colonial, el historiador americanista Guillermo Céspedes dice que: “Una estimación total podría cifrarse en no menos de 30,000 kilos, cantidad muy superior a la totalidad de la producción de Europa en esos años y también por encima del total de oro recogido por los portugueses en Africa”, señalando éste autor que “la mayor parte de la producción, quizás el 80o/o del total, provino de la isla Española”¹⁶.

LA DIETA AMERICANA

En el aspecto del aporte nutricional de América al viejo continente, cabe resaltar la importancia del maíz como forraje y alimento humano, así como de la papa, la cual se adaptó adecuadamente a las condiciones climatológicas y al suelo de Europa, contribuyendo de manera particular a la reducción del flagelo ocasionado en la población por las cíclicas hambrunas¹⁷.

De igual forma, la preferencia por los productos americanos, entre los cuales se hallaban también el cacao, el tomate y el tabaco, además del azúcar de caña —que aunque conocida

15) Editorial Ariel, Barcelona, 1975. pág. 9.

16) Historia de América Latina I, La Conquista. Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 314. Otros datos relativos a la producción aurífera y sus características en la isla Española se encuentran en Frank Moya Pons. Después de Colón. Trabajo, sociedad y política en la economía del oro. Alianza Editorial, Madrid, 1987.

17) A este respecto, resulta de interés consultar el trabajo de Alfredo W. Crosby “Agricultural influence of America in Europe”, ponencia presentada el 8 de diciembre de 1988 en la conferencia “Encuentro de Dos Mundos”. La Española, Umbral de América”, celebrada en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

ya, se elaboraría en gran escala en los ingenios antillanos y brasileños¹⁸ —, no sólo cambiaron los hábitos alimenticios del Viejo Mundo, sino que fue factor de motivación importante para la implantación de nuevas técnicas de cultivo y sistemas de tenencia de la tierra, que harían posible la revolución agrícola y el aumento demográfico en ese continente. Estos hechos constituirían, en buena medida, la antesala de la revolución industrial y de los grandes movimientos democráticos.

A su vez, en el escenario americano, los animales traídos por los europeos, como el caballo y el asno, ampliaron las posibilidades de transporte de persona y de cargas, acortando distancias y salvando obstáculos. Del mismo modo, el buey y la vaca incorporaron su fuerza, carne, leche y cueros, al igual que la oveja, que sumó su lana. Adicionalmente, el cerdo, la cabra, la gallina, fueron otras de las fuentes nutricionales que se agregarían a la zoología local, sin desdeñar otros renglones alimenticios, tales como el trigo, la uva, la naranja, el limón, el arroz, el guineo, y más tarde, el café y el mango.

LA INTEGRACION TRICONTINENTAL

En el caso de Africa negra, el Descubrimiento representó una verdadera hecatombe para ese continente mágico. Cerca de veinte millones de esclavos africanos fueron sustraídos de su lar nativo durante los tres siglos y medios que duró el sistema esclavista, siendo obligados a trabajar bajo dramáticas condiciones en plantaciones, factorías y minas explotadas por los europeos y sus descendientes en el Nuevo Mundo.

Los esclavos negros eran capturados en las latitudes comprendidas desde el río Senegal, al noroeste, hasta el territorio de Angola al sur del río Congo, muchas veces como consecuencia de los enfrentamientos entre sus reyes y jefes tribales, para luego ser vendidos a mercaderes árabes y transportados

18 En cuanto a la caña de azúcar y su importancia socioeconómica para la isla de Santo Domingo durante el período colonial, ver a Frank Moya Pons en "Hacia una Nueva Economía: Surge el Azúcar (1519-1522)", *La Española en el Siglo XVI, 1493-1520*. UCMM, Segunda Edición, Santiago, 1973, págs. 243-268. Igualmente, a José Chez Checo y Rafael Peralta Brito, en *Azúcar, Encomiendas y Otros Ensayos Históricos*, Ediciones Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 1979.

en largas caravanas hasta la costa, desde donde eran embarcados a América, principalmente por traficantes portugueses y holandeses, quienes a su vez fueron seguidos por los ingleses y franceses y, de manera ocasional, por suecos, daneses y prusianos¹⁹.

Por otro lado, el intento tráfico de esclavos, a quienes denominaban por su color "piezas de ébano", dio origen al "comercio triangular" entre Europa, África y América, mediante el envío de materias primas y mercancías manufacturadas, en un ciclo que envolvía a los tres continentes.

A su vez, los ingleses, atraídos por las noticias del árbol del pan y en interés de obtener un alimento adecuado para los esclavos que laboraban en sus posesiones antillanas, exploraron en el siglo XVIII las lejanas islas hawaianas del Pacífico, introduciendo por esta vía el pan de fruta en nuestra zona tropical.

EL APORTE AFRICANO

La presencia africana en la actual fisonomía americana y particularmente en el Caribe es incuestionable. El esclavo negro en América no sólo aportó el fruto de su esforzado trabajo, sino que de forma gradual se fue incorporando a la sociedad colonial, tanto en el aspecto racial como cultural, enriqueciendo, entre otras cosas, el folklore nacional, especialmente en los campos de la música y la religiosidad popular. Además, numerosos productos agrícolas africanos fueron cultivados con éxito en América, como en los casos de la caña de azúcar, el plátano, el guineo, el ñame y el café²⁰.

19) Para ampliar las características de la esclavitud en La Española, remitimos al lector a la obra de Carlos Esteban Deive, *La Esclavitud del Negro en Santo Domingo (1492-1844)*, 2 tomos, Ediciones Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1975. También Ricardo Alegría, "Los orígenes de la esclavitud negra", publicado en la obra *Descubrimiento, Conquista y Colonización de Puerto Rico, 1493-1599*, Colección de Estudios Puertorriqueños, Barcelona, 1969, págs. 98-114.

20) Para una ampliación de este tema, resulta ilustrativo el libro *África en América Latina*, bajo la relatoría de Manuel Moreno Fraginals. Unesco Siglo XXI Editores, México, 1977.

ASIA EN AMERICA

Asia también estableció contacto con América a través del Pacífico, en especial con el "Galeón de Manila", que enlazaba las posesiones españolas de las Filipinas con el puerto mexicano de Acapulco, abriendo paso a la influencia oriental, la cual se dejó sentir en las modas, la alimentación, las artesanías y el arte popular del virreinato de la Nueva España. Estimulándose, así, el intercambio con China, mediante el comercio de seda, porcelana, especias, marfil, jade y artículos laqueados, entre otras manufacturas.

De igual manera, durante el siglo XIX, con la prohibición de la trata negrera pasaron a América millares de peones asiáticos, mayormente chinos, llamados culíes, que laboraron en los más variados oficios. Aún en la actualidad, muchos pueblos asiáticos, al igual que otras sociedades subdesarrolladas, ven en América y sobre todo en los Estados Unidos, una opción de libertad y de reinicio de una vida económicamente estable, alejados de sus convulsionados países. Como también sucedió con los pilgrims del Mayflower, en el siglo XVII, que huían de las persecuciones religiosas y sociales en Inglaterra y encontraron en el Nuevo Mundo espacio para el desarrollo de sus comunidades.

SIMBIOSIS CULTURAL

Bien podemos decir que con el Descubrimiento se encontraron dos mundos disímiles en su cultura material y espiritual, fusionándose y transformándose desde entonces, por lo que ya nada volvió a ser igual que antes. De la confluencia y mutua interacción entre lo europeo, lo indígena y lo africano, se forjó esa realidad distinta, que es hoy América.

Como acertadamente lo señala Arturo Uslar Pietri en su obra *La otra América*²¹, el rico proceso de encuentro y mezcla de los europeos, indios y negros en el continente americano es lo que determina la originalidad de los hispanoamericanos. Para el escritor venezolano, el mestizaje cultural ha sido fecundo, poderoso y creador, pese a las pugnas feroces, la re-

21) "El mestizaje creador", op. cit., pág. 21.

sistencia pertinaz y la sumisión lograda con la fuerza de las armas. Por eso, en su libro *En busca del Nuevo Mundo*²², Uslar Pietri advierte que por un incomprensible y anti-histórico concepto de pureza, los hispanoamericanos han visto la condición de su mestizaje como un sello de inferioridad, sin detenerse a considerar con orgullo que precisamente en este aspecto estriba lo más valioso y original de su condición humana. Es por así decirlo, el ingrediente que le confiere un carácter distintivo a su personalidad social.

Infructuosa tarea sería hoy tratar de separar lo que la historia misma se ha encargado de integrar armoniosamente en el amplio abanico étnico que caracteriza el perfil americano.

SANTO DOMINGO: PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

A Santo Domingo le tocó ser la antesala de ese portentoso hecho que constituyó la conjunción de ambos mundos, con sus secuelas de mestizaje, transculturación y sincretismo. Fue en este territorio insular de La Española donde por primera vez se verificó la fusión de las tres razas que habrían de formar el crisol americano.

Recordemos que, Pedro Henríquez Ureña, en su ensayo *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936), recoge para Santo Domingo la designación de "Cuna de América", por haber sido el único lugar del Nuevo Mundo habitado por españoles durante los quince años inmediatos al Descubrimiento, y el primero en el que se implantó la cultura europea. Nuestra isla fue, en efecto, la primera en ostentar blasones antiguos y emblemas académicos. Aquí se edificaron villas y ciudades con un trazado muy similar al de las españolas, se levantaron iglesias, hospitales, escuelas y viviendas que evidenciaban la voluntad colonizadora de España, su austeridad y su poderío.

Tuvimos, antes que ningún otro territorio en América, sedes episcopales, un tribunal de la Real Audiencia, la más vieja universidad del continente y toda una pléyade de cronis-

22) Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pág. 13.

ias, teólogos, poetas y médicos que habrían de proyectarse ulteriormente a las posesiones coloniales de Tierra Firme.

Con sobrada razón exclamó en 1750 Fray Bartolomé de Villanueva: "Todas las cosas de la ciudad de Santo Domingo de la Española son primadas". Felipe II, a su vez, la llamó "llave, puerto y escala de todas las indias", subrayando con esta honrosa designación el hecho de iniciarse aquí la luminosa historia del continente²³. Por lo cual se impone, con carácter prioritario, que se otorgue a la ciudad de Santo Domingo el merecido reconocimiento de ser considerada Patrimonio de la Humanidad.

EL ESPLENDOR COLONIAL

La implantación de la huella española en la Isla de Santo Domingo no produjo una cultura de oropel, como tampoco lo fue el resultado de la presencia cultural de España en otros lugares, como México y Perú, donde surgirían más tarde los enclave urbanos de mayor notabilidad en el continente.

El arte colonial en la América hispánica, lejos de ser una simple imitación de modelos europeos, es el resultado de un intenso y prolongado mestizaje cultural, por tanto, recoge las características y el vigor de esta nueva realidad. A las reminiscencias y rasgos del gótico, el plateresco y el mudéjar se superponen las expresiones del barroco hispanoamericano, patente en el vigoroso estilo arquitectónico que exhiben los templos y monumentos de las centenarias ciudades de Puebla, Tlaxcala,

23) Emilio Rodríguez Demorizi, Discurso en la inauguración del II Congreso Hispanoamericano de Historia. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1957; ver también su obra España y los comienzos de la Pintura y la Escultura en América. Prólogo por el Marqués de Lozoya, Gráficas Reunidas, S. A., Madrid, 1966; así como Bernardo Pichardo, Reliquias Históricas de La Española, Segunda edición. Editorial El Diario, Santiago, Rep. Dom. 1944; Joaquín Balaguer, Guía emocional de la Ciudad Romántica, Santo Domingo, 1974. En relación a las edificaciones coloniales de Santo Domingo, véase la documentada obra de Erwin Walter Palm, Los Monumentos arquitectónicos de la Española, 2 tomos, universidad de Santo Domingo, Barcelona, 1955; María Ugarte, Monumentos coloniales. Publicaciones del Museo de las Casas Reales, Barcelona, 1977; y Eugenio Pérez Montás, Monumentos arquitectónicos y arqueológicos de la República Dominicana. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1984.

Cuzco y Quito, que constituyen las vertientes artísticas culminantes del genio criollo en América, durante el período colonial.

En el plano histórico, filosófico y literario ahí están las creaciones que nos legaran el Inca Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ruiz de Alarcón, tres escritores hispanoamericanos que supieron colocarse, por sus crónicas, poemas y obras teatrales, a la altura de las más altas cumbres del barroco español.

Con lo cual podemos colegir que la acción de España en América procuró ser, en lo esencial, una obra de trasplante poblacional, una empresa de fomento cultural palpable en el legado de la lengua castellana, de la religión católica, de la agricultura y de las instituciones políticas, administrativas y culturales, cuya trascendencia ha llegado hasta nuestros días, conformando costumbres y tradiciones que son parte sustantiva de la identidad hispanoamericana, aunque matizada por las características de cada región en particular.

Esto así, porque España supo incorporar a la emergente sociedad colonial, la experiencia, la expresividad y la idiosincrasia propia del mundo autóctono americano, cuya presencia —aún viva y palpitante en vastas zonas del continente— marca, junto al valioso aporte africano, la diversa y particular originalidad que exhiben los países iberoamericanos, producto de ese íntimo y prolongado proceso de transculturación mediante el cual dos o más pueblos participan, fusionándose sin perder su cultura y fisonomía racial únicas.

EL LEGADO ABORIGEN

Si bien es cierto que la cultura europea se volcó desde el principio sobre la cultura aborigen, fue también en nuestra isla donde los europeos quedaron profundamente influidos por las costumbres nativas y donde aprendieron los primeros vocablos autóctonos que, con el transcurrir de los años, no sólo pasarían al castellano, sino que alcanzarían una amplia aceptación universal.

Como bien dice don Emilio Tejera, en su obra *Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo* (1935): “en esta isla vivieron, y de aquí salieron a realizar su temeraria empresa,

casi todos los hombres que conquistaron el continente, y cuando en la fauna y en la flora de los países recién descubiertos encontraban algo igual o parecido a lo que habían conocido en la española, le aplicaban los mismos nombres que habían aprendido en ella. Muchas de estas voces sustituyeron, al menos en las regiones ocupadas por los conquistadores, a los nombres aborígenes, y llegaron hasta España de tal modo que hoy millones de habitantes de las tierras donde señorea el noble idioma de Castilla pronuncian cada día las mismas palabras que usaban hace siglos los primitivos moradores de esta isla. Cacique, hamaca, maíz, sabana, tabaco y muchos otros vocablos que ahora forman parte del léxico español, son voces indígenas de Santo Domingo²⁴.

Ninguna otra palabra como huracán expresa mejor en varios idiomas la incontenible fuerza de los vientos tropicales. Vocablos como casabe, batata, ají, evocan la significación que tuvo la dieta aborígen en los nuevos hábitos que adquirirían los conquistadores en la realización de su empresa. Del mismo modo, los términos bohío, hamaca, barbacoa y batea, evidencian el grado de asimilación de las técnicas Taínas por parte del colonizador. Por otro lado, la palabra canoa sería recogida por el notable gramático Antonio de Nebrija en su Diccionario Castellano (1493), a sólo un año del Descubrimiento, simbolizando así la incorporación temprana del léxico americano a la cultura europea.

LA GENESIS DEL INDIGENISMO

Otro de los aspectos que hacen de Santo Domingo un centro de especial significación para América y el mundo, es el hecho de que aquí surgió la ideología indigenista y la resistencia indígena: ideas y acciones con que se trató, desesperadamente, de defender a los aborígenes y de preservar la cultu-

24) Recogido por Emilio Tejera en *Indigenismos*, tomo I Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Barcelona, 1977, págs. XII-XIII. En cuanto a la influencia de los vocablos indígenas en el castellano, véase también Pedro Henríquez Ureña, *Para la historia de los indigenismos*. Buenos Aires, 1938; así como "Indigenismos", en *El Español en Santo Domingo*. Cap. VII, Buenos Aires, 1940; págs. 119-129. Lo mismo que en el libro de Manuel Alvar, *España y América Cara a Cara*. Editorial Bello, Valencia, 1975.

ra nativa, sin que pudiera intuirse entonces que, a partir del Descubrimiento de América, unos y otros, conquistadores y sojuzgados, dominadores y subordinados, se verían envueltos en un transformador proceso de transculturación, mediante el cual ambos grupos, en uno y otro lado del Atlántico, se vincularían para siempre.

Los aborígenes no se entregaron a su triste suerte ni sometieron su voluntad a la férrea dominación del conquistador. Lucharon por sobrevivir y oponerse a las penosas tareas que les habían sido impuestas en las minas y las plantaciones, tratando de mantener sus creencias y sus ídolos, sus costumbres alimenticias y su lengua.

Si bien es cierto que su población fue diezmada por el impacto de la conquista, siglos después el heroísmo y las desventuras de la raza autóctona de Quisqueya, resurgen en la exaltación de los poetas, narradores y artistas que, desde el siglo XIX e impregnados por el romanticismo, evocan el pasado indígena como expresión de filiación telúrica y símbolo de identidad, para asumir con el indigenismo una posición nacionalista.

El Enriquillo de Manuel de Jesús Galván (1882), las Fantasías indígenas de José Joaquín Pérez (1877), el poema Anacaona de Salomé Ureña (1880), el "Caonabo encadenado", del escultor Abelardo Rodríguez Urdaneta, o la "Prisión de Caonabo" del pintor Luis Desangles son sólidas muestras del indigenismo dominicano, que hoy tienen su continuidad en el trabajo creador de artistas plásticos, de diestros artesanos y de distinguidos escritores, como lo prueban las obras Indios de Juan Bosch (1935), Ciclos de nuestro origen de Claudio Soriano (1980), Marcio Veloz Maggiolo con su novela para niños De donde vino la gente (1979), y la obra teatral de Juan Carlos Mieses titulada La cruz y el cetro (1985), en la cual aparecen los conquistadores españoles encarnados en la férrea personalidad de Nicolás de Ovando, enfrentados a la población indígena, representada por la hermosa Anacaona.

A su vez, la arqueología —ciencia que en los últimos años ha alcanzado en el país una verdadera madurez profesional— ha estudiado sistemáticamente los vestigios culturales de las etnias aborígenes que poblaron la isla, ofreciendo una visión retrospectiva sobre los modos de vida durante el pasado pre-

histórico, tal y como expuso el fenecido arqueólogo Emil De Boyrie Moya en su brillante discurso de ingreso a esta Academia de la Historia, titulado *La Posición Cultural de Santo Domingo en la Arqueología Indo-Antillana*²⁵.

LA DEFENSA INDIGENA

En La Española, la resistencia indígena a la conquista asomó desde el primer viaje descubridor. En el Golfo de las Flechas, según expresión de Emilio Castelar: "...cayó allí la primera sangre india vertida en tales encuentros", sucediéndose a menudo los enfrentamientos, desde la destrucción del Fuerte de la Navidad por obra de Caonabo, hasta que el indómito cacique Enriquillo logra doblegar a los esforzados combatientes castellanos en la escarpada sierra de Bahoruco, concertando hacia 1533 un acuerdo de paz con el emperador Carlos V, en un gesto sin precedentes en la historia americana.

En cuanto a los derechos de los indios, éstos encontraron en los dominicos a sus mejores aliados. Los valientes frailes —oponiéndose con denuedo a la común opinión de quienes, apoyándose en un antiguo postulado aristocrático, pretendían negar a los indios su plena condición humana, y por tanto un trato equitativo, reduciéndolos a la servidumbre—, emprendieron la defensa de los nativos en aquel célebre sermón de Montesino, que puso en jaque no sólo la autoridad de los encomenderos, sino también la legitimidad de la propia conquista²⁶.

Hombres como Pedro de Córdoba, Antonio Montesino,

25) Clfo, Año XXV, No. 112, Santo Domingo, 1975. Ver también Marcio Veloz Maggiolo, *Arqueología Prehistórica de Santo Domingo*, McGraw-Hill Far Eastern Publisher(s), Ltd., Singapore, 1972; Manuel Mañón Arredondo y Fernando Morbán Laucer, *Antropología y Arqueología Quisqueyana*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1967.

26) Acerca de la actitud asumida por la comunidad de los frailes dominicos en defensa de los indígenas de la Isla Española, ver Fray Bartolomé de Las Casas, en su conocida obra *Historia de las Indias*, al igual que Fray Juan Manuel Pérez o. P., *Estos ¿no son hombres?* Ediciones Fundación García Arévalo, Segunda Edición, Santo Domingo, 1988; asimismo, Fray Vicente Rubio O. P., en Fray Pedro de Córdoba. *Padre de los Dominicos de América*. Casas Reales, Núm. 18, Santo Domingo, 1988.

Bernardo de Santo Domingo, Bartolomé de las Casas y el teólogo y jurista Francisco de Vitoria, representaban la otra cara de la conquista española. Su lucha por la justicia y la libertad en América, su apoyo a la causa de los oprimidos y sus campañas en favor de los indios constituyen una conmovedora demostración del espíritu que animaba a los primeros evangelizadores.

Los frailes llevaron sus protestas y argumentaciones hasta la Corona, logrando que se dictaran leyes que regulasen los derechos de los aborígenes y las relaciones entre estos y los españoles. Aquel acto de justicia no sólo contribuyó al reordenamiento jurídico entre la metrópoli y las posesiones ultramarinas, sino que dio apertura a un encendido proceso de autocrítica de hondas repercusiones en España y América.

CONQUISTA Y AUTOCRITICA

España fue, para decirlo sin ambages, la única potencia colonialista que permitió la crítica de su propia dominación en territorios ultramarinos. Ninguna otra metrópoli, antes ni después, produjo tan acerbo cuestionamiento de su hegemonía colonial. Para ir aún más lejos, no sería desmesurado afirmar que en esos enérgicos postulados humanistas encontramos la semilla de lo que luego serían las luchas libertarias en favor de la independencia de nuestros respectivos países.

No en vano nació en Santo Domingo lo que el eminente historiador Lewis Hanke denomina con acierto, el primer clamor por la justicia en la conquista de América²⁷, cuando gracias a las denuncias de Córdoba y Montesino se cuestiona la validez moral y jurídica de la conquista y se aboga por el respeto a la integridad social de las etnias indígenas oprimidas.

Ese planteamiento que, en una acción sin precedentes en los anales del humanismo cristiano, reconoce el derecho

27) Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1949; y *Estudios sobre Fray Bartolomé de las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América*. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1969.

universal de todos los hombres y de todos los pueblos a vivir en paz y gozar de libertad, aún conserva su plena vigencia como un valor real en cualquier proceso destinado al rescate de la dignidad y el disfrute de los derechos humanos.

PRIMACIAS DOMINICANAS

Este perdurable legado a la historia de las ideas, expresión de aquel movimiento renovador en torno a la naturaleza de los indígenas, que dio una orientación más liberal a la convivencia en las colonias, junto a la pionera contribución de Santo Domingo a la implantación de la cultura de Occidente en tierras americanas —palpable en sus vetustos monumentos arquitectónicos—, merecen pues, ser evocados justamente y ser objeto de una profunda reflexión, en el marco de la próxima celebración finisecular del medio milenio del abrazo de dos mundos.

En este orden, cobra pleno sentido enaltecedor la obra que viene realizando el Presidente de la República y meritorio académico de esta misma institución, doctor Joaquín Balaguer, secundada por la Comisión Dominicana Permanente para la Celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, que dignamente preside el Arzobispo Metropolitano, Monseñor Nicolás de Jesús López Rodríguez, destinada a preparar al país y a sus instituciones para que Santo Domingo ocupe con decoro el lugar privilegiado que le corresponde en esta efemérides universal.

LA PERSPECTIVA DEL QUINTO CENTENARIO

La inminencia del Quinto Centenario del Descubrimiento de América nos coloca ante el reto, no sólo de una conmemoración que bien merece ser dignamente celebrada por su significado intrínseco sino ante la ineludible necesidad de realizar toda una serie de transformaciones de naturaleza económica, política, social y jurídica acorde con nuestra realidad, en un ambiente donde la cultura pueda florecer a plenitud.

Ya durante los festejos del Cuarto Centenario hubo un retorno al pasado, un intento de resaltar los postulados de

la hispanidad con todo su conjunto de símbolos y representaciones, como el Día de la Raza, la exaltación de la gesta colombina y los monumentos que en América y España glorifican aquel sorprendente hallazgo que se produjo en los orígenes de la edad moderna. Italia, por su parte, enfatizó la participación de Cristóbal Colón en la empresa descubridora, mientras España dio un marco solemne a lo que hoy denominamos su gran hazaña americana en las Indias, desplegando esfuerzos de fraternidad con las Repúblicas hispanoamericanas, a fin de poner término a las asperezas causadas durante el proceso de emancipación del siglo XIX.²⁸

Estados Unidos, a su vez, con su feria mundial celebrada en Chicago²⁹, dedicada a este festejo, enfatizó el papel del Gran Almirante en el Descubrimiento de América, sin caer en cuenta que esta empresa, sin desmerecer la decisiva contribución de Cristóbal Colón, fue también el resultado de la voluntad y el esfuerzo conjunto de otros protagonistas, como Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena, los hermanos Pinzón, Juan de la Cosa, la propia Corona y la representación de los pueblos español y portugués que participó en esta aventura ultramarina.

Hoy, casi cien años después, nos preparamos para el Quinto Centenario del Descubrimiento con otra mentalidad y otros propósitos. Ahora prima por doquier la renovada actitud de mirar hacia el pasado con una conciencia histórica objetiva, para examinar las experiencias, aprender de ellas y diseñar una nueva perspectiva para el porvenir de nuestros pueblos.

28.- Salvador Bernabeu Albert, ha tratado este tema en 1892; El IV Centenario del Descubrimiento de América en España; coyuntura y conmemoraciones. Centro de Estudios Históricos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1987.

29) Varios objetos arqueológicos, que datan de los inicios de la época colonial en Santo Domingo, fueron mostrados en la exposición conmemorativa de Chicago. A este respecto consultar la obra de Frederick A. Ober, *In the Wake of Columbus. Adventures of the Special Comissioner sent by the World's Columbian Exposition to the West Indies*. D. Lothrop Company, Boston, 1893. El extenso capítulo dedicado al país en la obra de Ober está reproducido, en español, por Emilio Rodríguez Demorizi, *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*, Tomo II. Sociedad Dominicana de Geografía, Vol. XII, Editora Taller, Santo Domingo, 1977, págs. 141-274.

No se trata de una romántica resurrección del pasado, como tampoco de imaginar cándidamente un nuevo orden ideal. Debemos, pues, plantearnos seriamente la necesidad de una visión de futuro, pragmática y coherente, para emprender sin vacilaciones —como bien ha señalado Uslar Pietri—, la tarea de planear, a la luz del desequilibrio entre recursos y necesidades, un proceso armónico que asegure la supervivencia y el bienestar del ser humano³⁰.

El propio Rey de España, en el discurso que pronunció el 11 de octubre de 1984, puntualizó que: "La magna labor cumplida en quinientos años no debe inducirnos a una contemplación estática de las merecidas glorias de nuestras naciones. Nuestro balance ha de ser también riguroso. De tal balance habremos de extraer las conclusiones que nos conduzcan a cooperar cada vez más estrechamente en lo cultural como en lo económico, en lo tecnológico como en lo educativo, para mejorar día a día la condición de nuestros pueblos".

En tal sentido, el pasado no debe verse con sentimiento de culpa, o como un obstáculo. Gracias al pasado poseemos hoy un presente, sobre el cual debemos apoyarnos como punto de partida, para alcanzar lo que queremos y podemos ser, si comprometemos la voluntad y la capacidad colectiva para su logro.

FUNCION DE LA HISTORIA

La historia, considerada una disciplina medular de las ciencias sociales, cobra una dimensión especial en la actualidad. Examinando con rigor los procesos históricos, incrementamos nuestra comprensión de la dinámica social y podemos arribar al esclarecimiento de los más acuciantes problemas de nuestro tiempo, revelando las legitimaciones en que se apoya la aceptación del presente. "Porque la historia —dice Leopoldo Zea— no es un puro acumular hechos históricos, es, también la toma de conciencia de los mismos, la búsqueda de su sentido"³¹.

30) "Mañana es hoy", La Otra América, op. cit. pág. 224.

31) América en la Historia, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1970. pág. 49.

El hombre, a juicio de José Ortega y Gasset, se va haciendo en la serie dialéctica de sus experiencias y la misión de la historia es precisamente desentrañar los enigmas de ese sistema de las experiencias humanas, que forman una cadena inexorable y única. El pasado nos vincula al presente y nos permite proyectar el futuro, y la historia —ciencia del pasado— es la única ciencia del futuro, en el sentido más preciso en que una ciencia del futuro es posible. En suma, como apunta Ortega, el hombre no tiene naturaleza sino historia; el hombre necesita una nueva revelación y ésta sólo puede provenir de la razón histórica³².

La historia tiene algo de visionaria, pues ve la realidad en movimiento, en tensión hacia metas nuevas, en transición hacia nuevos ideales. Quinientos años es un buen trecho, es un largo camino, es disponer de un apreciable cúmulo de experiencias y de visiones, para cimentar el presente y forjar el mañana que deseamos alcanzar. En tal sentido, recojo el pensamiento de su Santidad el Papa Juan Pablo II, al afirmar que: "Reflexionar en el pasado es cargar con la responsabilidad del futuro".

1992: REENCUENTRO IBEROAMERICANO

Para concluir, deseo evocar las palabras pronunciadas por S. M. el Rey Juan Carlos de España, en la inauguración de la Conferencia Iberoamericana de Comisiones del Quinto Centenario, celebrada en San Juan de Puerto Rico el 26 de mayo de 1987, cuando dijo que: "...hoy, unos y otros perseguimos el mismo objetivo, de cara a 1992 y más allá: cómo hacer que nuestra comunidad se inserte de una manera más decidida y más activa en la realidad internacional de nuestro tiempo".

Ya antes, Pedro Henríquez Ureña en su visión utópica concibió a América como "patria de la justicia", sobre la cual decía que: "La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más". Enfatizó

32) Historia como sistema. Colección Austral, núm. 1440, Espasa-Calpe, Madrid, 1971.

zando, asimismo, que: "Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia"³³.

Pienso que uno de los desafíos que plantea la conmemoración del medio milenio de nuestra existencia histórica consiste en lograr que la comunidad iberoamericana formule una estrategia global de desarrollo e integración regional. De la misma manera que en 1992 habrá una comunidad europea sin ataduras de fronteras económicas y políticas, las naciones americanas, en esta coyuntura de profundos replanteamientos geopolíticos, deben esforzarse para hacer más efectiva la cooperación y más íntimas las relaciones, en un marco de democracia y respeto a los valores nacionales de cada pueblo en particular.

En lo que a nuestro país concierne, debemos plantearnos la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América con un sentido de oportunidad concreto y optimista, con una mayor confianza en nosotros mismos, imbuidos del profundo significado de universalidad y modernidad que representó este hecho histórico, con el propósito de abrir las puertas a nuevas y fecundas formas de acercamientos multilaterales.

Llenos de fe, voluntad y coraje, navegantes y colonizadores arribaron a estas tierras y, amalgamados con los pobladores indígenas y los esclavos africanos, forjaron un Nuevo Mundo. Estas fibras espirituales deben estar presentes para cincelar un destino promisorio para la República Dominicana en el concierto de las naciones americanas y de la comunidad internacional, hoy cada vez más interdependientes; en un mundo donde la economía, la tecnología, las migraciones y las comunicaciones han estrechado las dimensiones del planeta.

El reto está lanzado. A nosotros, historiadores de hoy, nos toca contribuir a la búsqueda de las soluciones urgentes que nuestra sociedad y nuestro tiempo reclaman a la luz de las experiencias del pasado.

33) La Utopía de América. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978, págs. 5 y 11.



LAS LUCHAS POR LA LIBERTAD

Lic. Carlos Larrazal Blanco (ADH)

1.- El pueblo indio fue un pueblo que amó la libertad. Donde que ellos se dieron cuenta de que esa libertad se iba a perder al llegar los españoles; la protesta se hizo sentir por medio de Caonabo, cacique de Maguana. El fuerte de la Navidad, construido por Colón recién descubierta la isla, fue destruido completamente por los indios y todos los españoles que se quedaron en él fueron matados. Más tarde se coaligaron algunos caciques y presentaron batallas a los españoles, pero, aunque eran más numerosos aquellos que éstos, la superioridad de las armas de los conquistadores hicieron que salieran derrotados. Esa fue la batalla de la Vega Real.

Los indios de Higüey presentaron alguna resistencia Cotubanamá, su principal caudillo, al fin de hecho prisionero y ahorcado en la ciudad de Santo Domingo. Mucho más tarde que estas luchas aparecen las rebeliones de Enriquillo en Tamayo. El último mató unos cuantos españoles y al fin se juntó con el primero que se lanzó a las montañas del Batoruco. Aquí lo poco que quedaba de la raza india hizo resistencia heroicamente hasta que los españoles pactaron con el caudillo, conocieron la libertad de los indios y le adjudicaron la región de Boyá para que allí vivieran libremente. Ya era tarde, la raza india se moría y fue Boyá su tumba definitiva.

2.- Los negros también tuvieron sus rebeliones libertadoras. La primera ocurrió en un ingenio de Don Diego Colón, en La Isabela, que no prosperó. Años más tarde hubo una más fuerte, tanto que llegaron los negros a establecerse en la región de Maniel. Al fin fueron destruidos por las armas.

En la época de la España Boba otra intentona aparece, que fracasó y termina con los cabecillas en la horca.

3.- Al ocupar Francia a Santo Domingo no se hizo otra cosa que cambiar de dueño, ni se ganó ni se perdió libertad. Los dominicanos hicieron una revolución, botaron a los franceses y trajeron de nuevo a los españoles. Con esta revolución, pues, no se conquistó ninguna libertad. Los dominicanos fueron muy buenos españolizados, sintieron cierta clase de patriotismo, pero no pelearon por su libertad. Si al irse los franceses los dominicanos hubieran fundado un Estado para ser gobernado por ellos, sí hubieran ganado la libertad. Lo único que se hizo fue pedir a España, en recompensa, libertad de comercio, que la concedió tan sólo por quince años.

4.- Las ideas de libertad en este sentido nacen en la Revolución de Núñez de Cáceres. Entonces nace la idea de un gobierno propio de los dominicanos, pero formando parte de la Gran Colombia República que acababa de fundar el libertador Simón Bolívar, juntando a Venezuela, Colombia y Ecuador.

5.- Lo que hizo que entre los dominicanos se formara cada vez más con claridad el espíritu de nacionalidad libre e independiente fue la dominación haitiana, el fracaso último de España como dominadora, y el ejemplo de los demás países de Centro y Sur América que ya formaban repúblicas independientes.

Los dominicanos, de otras costumbres, de otro idioma, no podían ver con buenos ojos que los haitianos dirigieran sus asuntos.

La Revolución fue preparándose poco a poco, los dominicanos entraron a conspirar, se fundaron las sociedades secretas, en los hogares se hacían balas, hasta que al fin, el 27 de febrero de 1844, un grupo de jóvenes de la capital tomó el fuerte del Conde. Todo el país secundó al movi-

miento iniciado en esa ciudad y nació la República Dominicana, nación libre, independiente y soberana. Lo que se hizo sin derramamiento de sangre, fue necesario mantenerlo con las armas en los campos de batalla. El gobierno haitiano, como era natural, no se avino a perder a Santo Domingo e invadió algunas veces el territorio dominicano, pero otras tantas fueron derrotados y obligados a mantenerse en sus dominios.

6.- Un dominicano que se había distinguido en la guerra contra los haitianos y que a la sazón era presidente de la República, ideó entregar la nación a España, y así lo hizo. Se dice, para justificarlo, que fue por temor a nuevas invasiones haitianas. Pero no todos los dominicanos vieron con buenos ojos semejante hecho e hicieron una guerra a España, que se llamó Guerra de la Restauración. —Fue una lucha en que los dominicanos pelearon como héroes. Al fin los españoles se retiraron y volvió a restaurarse la República Dominicana.

7.- Algunas veces, los dominicanos no hemos sabido hacer uso de esas libertades que hemos ganado con tanto sacrificio y con derramamiento de tanta sangre y hemos usado de ella precisamente para volvernos contra nosotros mismos y con nuestros derechos de gobernarnos a nosotros mismos, hemos implantado tiranías y guerras civiles que han matado nuestras propias libertades. De ahí que algunas veces han tenido los dominicanos que procurarse por las armas la libertad que unos mismos dominicanos han hecho desaparecer. Grave error. Los dominicanos debemos siempre amar nuestra libertad y odiar todo intento de hacerla desaparecer, venga de fuera o de dentro.

8.- Los Estados Unidos son un país muy fuerte y poderoso. Es la nación más rica del mundo. Estamos bajo su influencia porque son más grandes y ricos que nosotros y porque estamos muy cerca. Nuestro comercio en su mayor parte se hace con ellos. Una vez, nosotros debíamos dinero a los países de Europa. Los Estados Unidos se hicieron cargo de esas cuentas y nosotros nos vimos forzados a deber nada más que a los norteamericanos. Por supuesto, como debíamos pagar a ellos necesitaban una garantía, se hicieron cargo de las aduanas, y todo dinero que entra al gobierno dominicano por concepto de derecho de aduana lo cogen los ameri-

canos, se cobran lo suyo y la otra parte la devuelven al gobierno dominicano. Esto todo se hizo mediante lo que se llama Convención Dominica-Americana con la cual, a la verdad, perdimos un poco de libertad. En pocos años pudimos pagar la cuenta vieja, pero al gobierno de Horacio Vásquez se le ocurrió pedir más dinero prestado y prolongar la Convención por muchos años, a pesar de la protesta del pueblo contra semejante cosa.

9.- En el período de la Intervención americana se pone de manifiesto el amor a la libertad que sentimos todos los dominicanos. No se podía luchar con las armas como cuando España, porque los tiempos eran otros. Nosotros no podíamos competir con los yanquis, en cuanto a armas se refiere. ¿De dónde iban a sacar los dominicanos los armamentos necesarios para oponerse a los aeroplanos, a los barcos y a los armamentos yanquis? Sin embargo hubo siempre lucha por la libertad y el pueblo dominicano no traicionó sus ideales. La resistencia fue pacífica pero firme. Las armas usadas fueron la pluma, la palabra, el pensamiento, y los americanos, al fin, se retiraron.

10.- Algunos dominicanos han pensado que Santo Domingo no se puede gobernar por sí mismo. De ahí que a raíz de haberse fundado la República nacieran ideas anexionistas, unas de tendencia francesa y otras de tendencia española. Al fin firmaron estas últimas con Santana, que así se llama el presidente que entregó el país a España. Más tarde aparecen ideas anexionistas de tendencias americanas que casi se llegan a realizar por otro presidente llamado Buenaventura Báez, pero no se lleva a efecto porque los dominicanos y muchos del mismo partido del presidente, se lanzaron a una guerra civil para impedir este crimen y también porque en los Estados Unidos hubo políticos que se opusieron a una anexión. Hay que convencerse que Santo Domingo no puede ser sino un país libre, independiente y soberano, que él mismo debe crear fuerzas para poderse gobernar por sí mismo. No hay necesidad de protectorados ni de anexiones, lo que se necesita es la orientación de hombres grandes por su patriotismo, por su sabiduría, por su valor cívico, por sus ideales, por su honradez, por su buena fe. Nuestro país podrá llegar a ser un gran país, no es verdad

lo que dicen por ahí los dominicanos malos; “este país está perdido”, “este país no se salvará”... Santo Domingo no está perdido, Santo Domingo se salvará porque los dominicanos dirigentes se harán libres, virtuosos y verdaderos patriotas.

A LA MEMORIA DE DON CARLOS (1894 - 1989)

Dr. Julio G. Campillo Pérez (ADH)

Por conocimientos históricos sabíamos que don Carlos Larrazábal Blanco había nacido en tierra dominicana en el otro siglo, el 24 de abril de 1894, en plena Era Lilisiana. Que sus padres eran de nacionalidad venezolana y que por razones de oposición política se habían acogido a la hospitalidad de nuestro terruño y se llamaban Wolfgang Larrazábal Chipia y Esther Blanco. Que don Carlos había casado el 20 de abril de 1918 con doña Enriqueta Rodríguez Oca, con quien había procreado una distinguida familia.

Pero cuando lo conocimos hace más de veinte años, nos pareció un hombre sin edad determinada, porque era tan cordial, tan afable, tan sencillo, tan acogedor, que nos permitió rápidamente tomar una confianza propia de contemporáneos. Para la concepción de esa idea, no la pudieron evitar ni siquiera sus anécdotas referentes al trato que sostuvo en su niñez con nuestro abuelo materno, Lic. Genaro Pérez, de quien una vez recibió en unión de otro amiguito suyo, el obsequio de veinte y cinco centavos per cápita, para que "compraran dulces", que debieron ser muchos por su poco costo en cheles y cuartillas.

Por eso apesar de la diferencia de edades, don Carlos me parecía siempre más joven que su calendario personal de fechas, con una memoria prodigiosa capaz de tratar oralmente la ge-

nealogía de cualquier familia dominicana a través de varias generaciones. La única diferencia entre nosotros era que su sapiencia lo imponía como maestro a quien debíamos admirar y respetar como ferviente discípulo. Por eso debemos asegurar que nuestra vocación por la genealogía la iniciaron don Vetilio Alfau Durán y don Alcides García Lluberes, pero también que quien la maduró hasta escribir libros sobre la materia, fue Larrazábal Blanco.

Don Carlos fue farmacéutico, funcionario del departamento de Instrucción Pública, pero más que nada fue un educador consagrado, su más brillante carrera. En una época en que los maestros enseñaban afanosamente a sus discípulos. En una época en que para dirigir un centro de enseñanza, desde el primario hasta el más elevado, había que poseer las dotes propias del profesorado. Era la época en la cual la juventud quería saber y no poseer títulos sin fundamento cultural, que como patentes comerciales, hoy en día, procuran lujosos empleos, ventajas económicas y prominencias engañosas.

La Era de Trujillo hizo que don Carlos buscara sus ancestros venezolanos y hacia 1946, viajó a Caracas para fijar residencia al lado de sus numerosos parientes. Le resultaba imposible soportar más la atmósfera asfixiante de entonces, la cual impedía la difusión de las ideas y la enseñanza con plena libertad. A esas alturas, ya Venezuela había salido de Juan Vicente Gómez, su gran monstruo, y la democracia comenzaba allí a dar su primer paso. Inclusive un sobrino de don Carlos, el contralmirante Wolfgang Larrazábal encabezó el derrocamiento de la última dictadura que sufrió la patria de Bolívar, la de Marcos Pérez Jiménez.

Felizmente una hija de don Carlos, nuestra amiga doña Emilia, quien casó con un primo de nuestros parientes Bircann, se quedó a vivir en tierra dominicana y así pudimos disfrutar de don Carlos por varias temporadas, especialmente cuando él vino a publicar su obra cumbre, "Familias Dominicanas", cuyos nueve tomos se consideran como la producción genealógica más importante que se ha escrito en nuestro país, en todos los tiempos. Todo un clásico que ha servido y seguirá sirviendo como piedra básica para cualquier investigación en ese campo de la historia familiar dominicana.

Varias veces nos escribimos con don Carlos y hasta lo visitamos en su apartamento en Caracas, hasta que comenzamos a tener noticias de que su salud iba en deterioro. Nosotros pensábamos que podría llegar a ser un viejo centenario y por eso nos hacíamos la ilusión de ir a Caracas a compartir con él semejante alegría. Lamentablemente casi al llegar a los 95 años, cuando apenas faltaba un mes para lograr ese peldaño de la longevidad, se nos fue el 25 de marzo de 1989. Y de ese modo el Instituto Dominicano de Genealogía perdió su primer presidente honorario.

Tanto Venezuela como Santo Domingo, se privaron para siempre de un gran intelectual, un hombre que había escrito varios libros, como *Toponimia*, *Guerra Civil*, *Origen dominicano de varias familias caraqueñas*, y otros, además de numeroso trabajos y artículos que harán perdurar su memoria ilustre a través de la eternidad. Pues se podrán perder hasta sus huesos, su sepulcro, pero jamás la veneración que ha dejado, cual lámpara votiva...que no podrán jamás apagar los vientos de la ingratitud y del olvido! Porque hay hombres, como don Carlos, que no solamente le sobreviven a la carne, sino también al tiempo!

D. Carlos Larrazabal Blanco fueelegido Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia en la sesión efectuada el 31 de Julio de 1938 para ocupar el Sillón B en lugar del fenecido miembro académico Mons. Adolfo A. Nouel Bobadilla. Llegó a desempeñar por varios años el cargo de Tesorero de nuestra Academia. Mas adelante, en 1955, al fijar su residencia permanente en Caracas, Venezuela, fue designado Miembro Supernumerario y su sillón B fue ocupado por el Ing. Emil Boyre de Moya.

PEDRO TRONCOSO SANCHEZ
ABOGADO—HISTORIADOR

Luz Solano Borrero Hernández

“Las circunstancias en que vive mi país, me han obligado a dirigir mis inquietudes filosóficas hacia estudios históricos, con fines educativos. He querido desarrollar una actividad que redunde más en beneficio de mi pueblo, como lo es la historia”.

Estas frases expresadas con gran sinceridad por el doctor Pedro Troncoso Sánchez, abogado, historiador, escritor, diplomático y catedrático dominicano, demuestran el profundo amor que siente por su patria; el respeto a sus tradiciones. Sus fervientes anhelos de mantener siempre en alto el nombre de sus grandes hombres y el de sus próceres, lo han llevado a presentarlos como un ejemplo, con el ánimo de estimular a sus conciudadanos.

Es contagioso y admirable el entusiasmo con el cual el doctor Troncoso se refiere a la historia dominicana. Principalmente le interesa como fuente de enseñanza moral, para formar conciencia en el pueblo. No obstante la sencillez con que lo aborda, lo domina. Fácilmente se advierte que los vastos conocimientos que posee en esta materia son el fruto de una exhaustiva y permanente investigación. También es un enamorado de la filosofía.

Como hombre de letras, don Pedro ha sido nominado vice-presidente de la Exposición Mundial del Libro y del Festival Internacional de la Cultura. Como tal y por encargo

especial del Presidente Balaguer, pronunciará el discurso de apertura de este certamen, el próximo domingo 11 de los corrientes. Y precisamente a ello se ha dedicado con singular devoción y complacencia. No solo por lo interesante del tema, sino por el gran acopio de datos que existen sobre el libro en Santo Domingo, considerada como la cuna del movimiento cultural del Continente Americano. Conceptúa él que la muestra bibliográfica que la República Dominicana presentará en este evento será sustancial, porque será como la síntesis de la iniciación y evolución del saber en el Nuevo Mundo.

Hay algo muy agradable para quien lo escucha; sobre todo, digno de encomio. Es su inquebrantable fe en la República Dominicana. Positivamente cree que avanzará en su desarrollo económico y social. Irradia optimismo cuando dice: "A medida que este país se vaya afianzando económicamente y adelantando en su labor educativa, se irá encaminando hacia un estilo de vida normal, como república democrática. Creo que si en el futuro logramos alcanzar cierta madurez, podremos salir adelante con éxito, a pesar de las conmociones que vive el mundo, a pesar de las turbulencias y de las contiendas de la época actual".

DATOS BIOGRAFICOS

El doctor Troncoso Sánchez nació en Santo Domingo, el 19 de abril de 1904. Cursó sus primeros estudios en el Colegio Santo Tomás, y en la Escuela Normal Superior de esta capital. En 1923 obtuvo su bachillerato en Filosofía. En 1927 recibió su Licenciatura en Derecho en la Universidad de Santo Domingo. Ejerce como abogado civil en la oficina que fundara su padre, Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, en 1915. Esposa: Olga López-Penha. Hijos. Marcos, abogado y María Alicia de Esteva. Tiene 13 nietos.

Ha sidò: profesor de Filosofía de la Escuela Normal Superior; sub-secretario de Relaciones Exteriores, 1938. Profesor de la Universidad de Santo Domingo, con el encargo de organizar la Facultad de Filosofía, 1939. Ministro Plenipotenciario en la Argentina, 1941, al 44. Embajador en México 1944. Presidente de la Suprema Corte de Justicia, 1947. Embajador ante la Santa Sede, 1950. Rector de la Univer-

idad Autónoma. 1953-56. En 1957 reinició su docencia en esa casa de estudios. Elegido Individuo de Número de la Academia Dominicana de la Historia, para cubrir la vacante del fenecido Manuel A. Peña Batlle. Representante de la República Dominicana en dos conferencias de la Unesco. Académico Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en Argentina. Socio Correspondiente del Ateneo de Ciencias y Artes de México, 1944. Vicepresidente del Ateneo Dominicano. Delegado al Congreso Internacional de Sociología de Roma, 1950. Miembro de la Comisión Consultiva de Relaciones Exteriores. Miembro de la Academia de la Lengua. Presidente del Instituto Duartiano desde su fundación. Presidente de la Asociación Cultural Dante Alighieri. Miembro de la Comisión Asesora de la Oficina de Educación Ibero-Americana, 1966. Invitado especial de la Academia Nacional de la Historia de la Argentina, 1966. Delegado al VII Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en Quebec, 1967.

Ha colaborado desde 1929 en diarios y revistas nacionales e internacionales. Ha prologado varios libros. El más reciente "Sed y Hambre" de Leonor Porcella de Brea. Ha dictado conferencias incluso en el exterior.

Es historiógrafo de tipo moralista. Entre los ensayos publicados se cuentan: Santana en la balanza. Espiritualidad y cultura del pueblo dominicano. Las guerras europeas de Santo Domingo. La Restauración y sus enlaces con la historia de Occidente. La Faceta dinámica de Juan Pablo Duarte. Análisis de la invasión haitiana de 1822. El americano de Sarmiento. Ramón Cáceres (Biografía). Hostos y nosotros. Sánchez, nuestro gran mártir.

Tiene publicados los siguientes ensayos filosóficos: Bosquejos Filosóficos. Una concepción de la Historia. Introducción al idealismo. Meditaciones de Hans Fastorp. El Universo en el Hombre. Glosas Libres al Evangelio de San Juan. La Vida al revés. Para que hemos nacido. Biografía y Valor. Los Valores Negativos. Santo Tomás, Libertador del Pensamiento.

Ha recibido varias condecoraciones entre las cuales se cuentan: La Orden Pía de la Santa Sede; la de Alfonso el

Sabio; la de la República Italiana; la de Duarte y la de Colón.

Participó activamente en la Comisión de Control del Acuerdo Electoral, antes de las elecciones de mayo de 1970, interesante experiencia en el camino de la Educación cívica.

INSTITUTO DUARTIANO

Uno de los quehaceres que más le agradan y al cual le dedica don Pedro el tiempo libre que le deja su profesión, es al Instituto Duartiano. Este organismo de carácter oficial fue fundado por Decreto del Poder Ejecutivo No. 1892, el 7 de diciembre de 1967. Desde su iniciación él es el presidente. Gracias a los esfuerzos de los 38 miembros activos, está trabajando en la sede, que es la propia casa de Duarte. Es pequeña; pero se ha convertido en museo. Comenta don Pedro que para ampliarlo, recientemente se adquirió la casa del lado, en Isabel La Católica. Tendrá su secretaria, salón de actos y conferencias, archivo y biblioteca con las seguridades que se requieren para guardar tan importantes documentos. En adelante allí podrán realizarse seminarios de investigación histórica, cuyos resultados se publicarán en el boletín bi-mensual. Según su opinión ahora es cuando el Instituto va a entrar en una etapa de trabajo intenso. Se desarrollará una campaña para que le sean entregados los objetos, papeles y todo aquello que esté en manos de instituciones o de particulares para hacer una completa recopilación de ese material.

El Instituto Duartiano cuenta con 7 centros en la República Dominicana. Próximamente se fundarán dos más, en San Juan de la Maguana y en Santiago de los Caballeros. Además ya se tienen relaciones valiosas en Nueva York, Caracas y Hamburgo.

Don Pedro tiene el proyecto de publicar tres libros más. Uno de ellos será un cronología de Duarte.

**DESPEDIDA DEL LICENCIADO
DON PEDRO TRONCOSO SANCHEZ**

Mons. Hugo E. Polanco Brito
Presidente ADH

**A nombre de la Academia Dominicana
de Historia.**

En mi doble calidad de sacerdote amigo de Don Pedro Troncoso Sánchez y de Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, presido esta misa funeral, como última despedida humana, cuando vamos a depositar sus restos en la oscuridad del sepulcro, para que allí espere el momento espectacular de la resurrección al final de los tiempos.

En su larga vida, fundamentada en el sentido cristiano de la existencia, más de una vez resonaron en sus oídos de filósofo e historiador las palabras de Cristo a Marta; "Yo soy la resurrección y la vida, el que presta adhesión, aunque muera seguirá viviendo... No morirá nunca". En su vida, que acaba de terminar para nosotros, porque ya no le volveremos a ver, él supo en su vida de fe, responderle a Jesús como lo hizo María: "Yo creo firmemente que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios", (Juan 11.25-28).

Mis recuerdos personales se remontan a los tiempos en que la República confió en él la alta honra de ser Embajador ante el Vaticano, cuando ocupaba la Cátedra de Pedro el ilustre Pío XII, y yo era ya sacerdote, estudiando en la Universidad Gregoriana. El era un hombre en la plenitud de la vida, acompañado de Doña Olga, María Alicia y Marcos. De sus labios yo aprendí muchas cosas, especialmente a apreciar cada día más los delineamientos de la historia de

nuestro país, para mirarlos con un sentido de alta esperanza en el futuro de la nación.

Estos razgos de amistad duraron todo el tiempo de su vida, hoy nos reúnen para la despedida final. El ha salido del mundo de los vivos, para escuchar de labios del Juez eterno estas palabras alentadoras: "Vengan, benditos de mi Padre; hereden el reino preparado para ustedes". (Mateo, 25.34).

La última vez que lo visité, hace unos dos meses, me dijo: "Cuánto estoy sufriendo. El dolor es muy fuerte. Dios me está probando". Y al decirle que como a Job, Dios prueba a los justos, pareció acoger la voluntad del Señor con noble resignación.

Con su muerte, la Academia de la Historia pierde uno de sus miembros más distinguidos, sobre todo por sus estudios históricos, su profundo amor a las glorias patrias.

A su muerte, le han estado esperando en el mundo de los muertos los delegados de la Academia, recién fallecidos: Rodríguez Demorizi, Alfau Durán, Larrazábal Blanco y César Herrera. Casi un quórum para celebrar una Sesión Solemne para recibir a Don Pedro ante la presencia del "Señor de la Historia", en cuya visión todos los tiempos están presentes.

Al hablar de su larga enfermedad y de que ya se acercaba el final, me dijo alguien: el país está perdiendo a sus grandes hombres, y nos falta una generación intermedia, que pueda llevar con dignidad y brillantez la antorcha de la Patria, iluminando al mundo dominicano, para que al terminar estos quinientos años de vida civilizada, podamos enfrentar los retos que nos traerá el inicio del tercer milenio de vida cristiana.

A nombre de la Academia de la Historia, de la cual fue eficiente Tesorero queremos todos sus miembros expresar nuestras condolencias a la extensa familia de Don Pedro, especialmente a su viuda e hijos.

Que descanse en paz, y que nosotros podamos recoger la antorcha que él empuñó con mano firme, y como él mirar el futuro dominicano con esperanza, basadas en las palabras de Cristo, "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Amén.

POSICIONES DE PRINCIPIO EN LA HISTORIA POLITICA DOMINICANA

Por el Lic. Pedro Troncoso Sánchez (ADH)

LA PROCLAMACION de la República Dominicana el 27 de febrero de 1844 fue la culminación de un esfuerzo de los Trinitarios para tomar la delantera a la facción que tramaba con los cónsules de Francia en Port-au-Prince y en Santo Domingo la separación del país respecto del poder haitiano con la protección contractual de la nación francesa. Los Trinitarios se anticiparon audazmente en la carrera que paralelamente emprendían ambos grupos, luchando entre sí, con los dos objetivos diferentes: ellos, la independencia pura, y el otro grupo rival (los afrancesados), la independencia mediatizada.

No puede decirse sin embargo que la independencia dominicana fue un parto prematuro. En todo caso se trató de un parto apresurado.

El motivo de la polémica en medio de la cual cobró vida la República Dominicana fue la diferente solución que uno y otro grupo proyectaban para el grave problema de hacer viable y dar consistencia y perdurabilidad a la nueva nación, dada la permanente amenaza que seguiría siendo Haití, que desde veintidós años atrás dominaba el territorio dominicano y que continuaría empleando todo recurso al servicio de la idea de indivisibilidad política de la isla con que nació a la vida independiente en 1804.

Hubo pues en Santo Domingo un fuerte motivo contro-

versial que determinó desde el principio la formación de un sector conservador frente a un sector a justo título calificado de liberal. El primero encabezado por Pedro Santana, Tomás Bobadilla y Buenaventura Báez, y el otro dirigido por Juan Pablo Duarte y los Trinitarios. Los primeros no tenían la fe en la viabilidad de la República sin la protección de una gran potencia. Los otros sostenían a ultranza la independencia absoluta.

Varían mucho de un país a otro, las motivaciones que, según las circunstancias locales, determinan la formación de los diversos sectores políticos, que suelen llevar los nombres convencionales predominantes en la época, como por ejemplo "liberal" y "conservador" en el pasado. El caso más curioso de estas variantes es el de la pequeña república de San Marino. Allí encontré hace pocos años que la agrupación política que ostentaba el nombre de "comunista" se limitaba a ser la que propugnaba el establecimiento de un casino como fuente principal de Ingresos del Estado; y que la denominada "Democracia Cristiana" era el partido contrario a la apertura del casino. Cuando sucesivamente triunfaron uno y otro grupo en las elecciones, la única diferencia advertida entre ambos regímenes fue que el uno sostuvo el casino y el otro lo clausuró.

En Santo Domingo la división política con que nació la república no fue una división artificial basada en ideologías importadas, ajena a las peculiaridades locales, ni una división real basada en la adhesión a diferentes caudillos, sino una auténtica división de principio originada en un problema que interesaba a todos: el del mantenimiento de la independencia frente a la grave amenaza de quedar destruida por Haití. A la diferente posición ante este problema se unía una definida tendencia dictatorial en el sector conservador y una manifiesta y probada convicción democrática y propiamente liberal en los liberales.

La pugna entre los dos grupos continuó después de consumada la independencia. Los conservadores, más duchos que los jóvenes trinitarios, actuaron hábilmente y en el curso del mes de mayo de 1844 lograron asegurar el control de la Junta Central Gubernativa. Esta junta fue el gobierno provisional colegiado designado en la primera hora para or-

ganizar la república naciente, dotarla de los medios necesarios a su seguridad y defensa, poner en marcha los servicios públicos y convocar a elecciones para una asamblea constituyente y dejar establecido un gobierno definitivo.

Tan pronto como los conservadores tuvieron en sus manos las riendas del gobierno, se dieron prisa en negociar con Francia el protectorado a cambio de cederle la bahía de Samaná, pero el 9 de junio siguiente, en plenas negociaciones, los Trinitarios dieron un golpe de fuerza y suplantaron a los proteccionistas en la junta gubernativa. Este golpe fue el corolario del 27 de febrero, el perfeccionamiento de su obra patriótica. Nunca debiera enfocarse como el primer golpe de Estado de la historia republicana, que parece poner a los Trinitarios a la altura de políticos vulgares.

Si no llevó a consumarse el protectorado francés se debió a que el gobierno de Francia no aprobó el llamado Plan Levasseur, y no a que hubiese una oposición del sector liberal. Este no existía ya como fuerza política, mas sí en el fuero íntimo de muchos dominicanos. Este difuso estado de conciencia, carente de instrumento de lucha, cobró cierta vida en la Asamblea Constituyente de San Cristóbal, que el 6 de noviembre de 1844 proclamó la primera Constitución de la República, pero la estructura liberal con que salió el nuevo Estado de las manos de la Asamblea quedó anulada al imponer el dictador Santana la inclusión de un último artículo a la ley substantiva otorgándole amplios poderes discrecionales al Presidente de la República mientras durara el estado de guerra con Haití.

Poco después, en julio, Santana se impuso con el ejército del Sur, que había ganado contra los haitianos la batalla de Azua, y encarceló a los Trinitarios. Las medidas de represión tomadas por Santana contra los defensores de la independencia pura fueron tan brutales que el sector político constituido por ellos quedó aniquilado. Duarte y sus compañeros fueron condenados al destierro, y Santana y Bobadilla quedaron dueños del campo.

Sin duda se justificaba un reforzamiento de la autoridad del gobierno en una república acabada de crear y bajo un estado de guerra en condiciones de enorme desventaja del enemigo, pero Santana aprovechó sus omnímodas facultades

des constitucionales para ejercer despóticamente el gobierno, dando sueltas a su temperamento autoritario, aun en cosas que nada tenían que ver con la guerra. Después, en 1854, hizo dictar una nueva Constitución de tipo dictatorial en todo su contexto para sustituir la Constitución liberal de 1844.

Mi opinión es que si desde el nacimiento de la República se hubiera mantenido la fuerza política liberal de los Trinitarios frente a la otra fuerza política conservadora, el pueblo dominicano, probablemente, hubiera evolucionado de mejor manera en el aspecto político y, consiguientemente, en todos sus aspectos en general. El habitual enfrentamiento entre dos o más modos de concebir el Estado y el gobierno hubiera sido un factor educativo que posiblemente nos hubiera librado de caer en el crudo caudillismo en que se vivió desde mediados de 1844.

POSICIONES DE PRINCIPIO EN LA POLÍTICA DOMINICANA

Se produjo una escisión en 1853, pero los dos partidos en que quedó dividido el panorama político, el santanista y el baecista, fueron los dos igualmente conservadores, dictatorialistas y proteccionistas, lo que hizo vincular el partidismo a sólo las personas de sus respectivos caudillos. Ideológicamente no lo separaba nada. El pueblo dominicano se quedó sin saber lo que realmente era la política, el diálogo político, en un país civilizado. Estas condiciones de primitiva determinaron, pienso yo, que las pugnas partidarias fueran más toscas, más violentas y más frecuentes que si se hubiera usado de la inteligencia y de los conocimientos para sostener la disputa entre partidos de principios como fueron los que surgieron con la República en 1844.

En 1857, el gobierno de José Desiderio Valverde, nacido de una revolución contra Báez y enfrentado en seguida a Santana, representó una tercera fuerza de corte liberal y hubiera sido el punto de partida de una reconstrucción doctrinaria del panorama político, pero en un momento dado dejó de ser consecuente consigo mismo al llamar en su auxilio al último de los dos caudillos. Le faltó firmeza de convicción y de tradición para sostenerse invariable en su natu-

raleza y sentido. Además, el triunfo del gobierno del Sur, de Santana, vuelto contra el gobierno del Cibao, de Valverde, fue arrollador por causa del carácter regionalista que adquirió la guerra, y no dejó subsistir para el futuro inmediato aquella fuerza respecto del burdo caciquismo.

El santanismo dominó con exclusividad hasta 1861, año en que la guerra de secesión de los Estados Unidos permitió que el gobierno español se atreviera a oír los reclamos de protección que desde hacía años le venían haciendo los gobernantes conservadores dominicanos. Pero al decidirse España a intervenir en Santo Domingo, alejado el temor a los poderosos sostenedores de la doctrina de Monroe, por estar empeñados en su guerra civil, no lo hizo para proteger a la República sino para deshacerla anexándose íntegramente el territorio dominicano.

La anexión de Santo Domingo a España, que se preparó en secreto y se consumó sorpresivamente sin un previo referéndun popular, dió lugar a que se volviera a formar un frente liberal independentista y democrático con los principales febreristas de 1844 y con hombres que habían figurado en el movimiento liberal de 1857. Este frente fue el que hizo en 1863 la guerra de Restauración contra los españoles y sus aliados conservadores dominicanos.

Después de terminada la contienda y de retirada las autoridades y tropas españolas en 1865, muerto ya Santana y desprestigiado el residuo del santanismo, quedó uno solo de los dos caudillos de la primera República, Buenaventura Báez, quien no obstante haber sido el rival de Santana desde 1853, se identificó con la causa de la anexión y durante la guerra estuvo en Madrid investido con el grado español de Mariscal de Campo, lo que confirma que eran cuñas del mismo palo.

Frente a él, la generación que hizo la guerra independentista quedó constituida en sector político liberal pero sin la debida cohesión y fuerza, por causa de las rivalidades internas. Luperón, Cabral, Espaillat, Monción, Rojas, Polanco, Pimentel, Bonó, Billini y Meriño eran sus figuras principales. De aquí que en el mismo año de 1865 pudo prevalecer contra el conservatismo baecista y poner a su caudillo en la presidencia de la República. El personalismo,

desgraciadamente, fue un aglutinante más poderoso que la posición de principio.

La pugna por el gobierno en este período posterior a la anexión se libró confusa, con sus muchas alternativas entre el bloque monolítico constituido por el partido llamado Rojo, personalista, dictatorialista y anexionista, dirigido por Báez, de una parte, y el partido de los liberales independentistas que habían hecho la Restauración, llamado Azul, de la otra. Pero la etapa en que las turbulencias intestinas cobraron más definido perfil de guerra entre principios opuestos y no entre simples caudillos militares fue el llamado "período de los seis años", de 1867 a 1873, tiempo que duró la cuarta administración de Báez. Durante todo ese lapso los patriotas independentistas del partido azul, encabezados por un héroe de la independencia: Cabral, y por un héroe de la Restauración: Luperón, sostuvieron una guerra para impedir que el caudillo conservador llevara a efecto su acariciado proyecto de anexión a los Estados Unidos.

A la altura de noviembre de 1873 el prestigio de Báez se vino al suelo y un movimiento de unión nacional, formado por azules y rojos, lo echó de la presidencia enarbolando la bandera de la concordia, la libertad, la fraternidad y la paz. Fue un hecho nuevo en la historia de las convulsiones dominicanas porque no fue el triunfo de un caudillo sobre otro ni se persiguió a los caídos.

Consecuente con el espíritu del movimiento, el jefe del mismo, Ignacio María González, se condujo con altura en los primeros momentos como presidente provisional de la República, pero después incurrió en conducta retrógrada las tres veces que le tocó gobernar. El momento más definido y brillante de aquella etapa posterior a la caída de la dictadura fue el breve gobierno de Ulises Francisco Espaillat, un gobierno que desarrolló desde la raíz hasta sus últimas consecuencias una política liberal, nacionalista y democrática. Lo tumbó la impreparación del medio para este género de gobiernos.

Más tarde se rehizo el partido baecista, personalista y dictatorialista, y frente a él encontró al sector liberal y democrático de los azules. Todavía la presencia de Báez

era un fuerte incentivo para mantener en oposición a él los principios democráticos, pero cuando Báez desapareció definitivamente del ambiente político dominicano en 1878 el debate degeneró hacia meras pugnas por el poder entre grupos antagónicos del bando liberal. Hubo una serie de cortos gobiernos civiles presididos por personas ilustradas del partido azul pero por encima de éstas se empinaban como hombres fuertes del mismo partido, en creciente rivalidad, ponedores y quitadores de gobiernos, las figuras de Luperón y Heureaux.

Para entonces ningún político ni gobernante alguno sostuvo ya más el principio del protectorado o de la anexión a una gran potencia como medio de hacer viable la República o para conjurar el peligro haitiano. El patriotismo fue únicamente, en lo adelante, el patriotismo de la independencia, no el de la defensa del país y sus esencias con sacrificio de la autodeterminación. La vieja fe duartiana en que la República podía bastarse a sí misma para subsistir y desarrollarse ganó terreno, y en la misma medida creció la conciencia de nacionalidad.

Este cambio fue un cambio positivo, pero trajo consigo una desventaja. Desde 1878 quedó superado el principal motivo que podía dividir definitivamente el panorama político en sectores ideológicamente diversos, y quedó disminuida la posibilidad de un debate inteligente de los problemas públicos. De este modo se hizo más difícil, por falta de verdaderas motivaciones ideológicas vinculadas a las necesidades nacionales, mantener sobre base firme un partido conservador y un partido liberal que alejaran la plena entronización del funesto caudillismo personal, encumbrador de ignorantes y bárbaros. Carecíamos para ello de una tradición y de una base cultural.

Sin embargo, en 1886 la juventud que había pasado por la escuela experimentó cierto incentivo moral y apoyó a un candidato culto y honesto, Casimiro Nemesio de Moya, para oponerlo a otro que le repugnaba por cruel e inescrupuloso: Ulises Heureaux, apoyado por ignoros hombres de armas. De este modo se reconstituyó un frente de vanguardia liberal contra un amago de dictadura retrógrada. Como las elecciones las ganó Heureaux por medios fraudulentos,

Moya y la juventud que lo rodeaba se sintieron autorizados a corregir en la manigua el triunfo del vicio. Pero Heureaux ganó también la guerra como había ganado las elecciones, no solamente combatiendo abiertamente al enemigo sino principalmente con hábiles manejos de mano izquierda.

A partir de entonces lo que imperó en todo el ámbito dominicano fue una tiranía, una tiranía que se mantuvo hasta 1899.

Las tiranías hacen tabla rasa del panorama político. Sustituyen el juego político con otra cosa que se le parece a veces, pero que es de distinta naturaleza. Lo que predomina durante una tiranía no son hechos y procesos políticos, como partidos, elecciones, congresos, prensa, opinión pública, sino simulaciones de todo ello. Poses inauténticas movidas por hilos invisibles en el tinglado de la comedia. Lo auténtico, lo verdadero, queda soterrado, se recluye en lo íntimo de las conciencias y en la interioridad de los hogares. Toda exteriorización de lo real queda violentamente suprimido y cubierto con un manto de apariencias.

Pero hay procesos que no puede evitar el tirano con todo su poder. Es el crecimiento de una nueva generación. Es el inextinguible anhelo de bien, de justicia y de libertad. Los valores espirituales siempre están presentes y exigen. Y exigen en razón directa de las fuerzas que se les oponen. Y esta exigencia se concretizó entonces en un exilio rebelde y activo y en una conspiración interna en que participaron madre e hijos.

En 1899, frente a los aparatos de represión que había ido perfeccionando Heureaux en trece años de tiranía, se levantó una juventud valiente y generosa y lo abatió. La onda de la revolución cubrió todo el país y fue fácil convocar a elecciones y establecer un gobierno constitucional antes de terminar el año, no obstante la bancarrota financiera que dejó como herencia el déspota. Fue tan impetuoso el movimiento popular, que el "qilismo" en fuga no se dejó sentir en mucho tiempo.

Vino a resurgir en función de golpe reaccionario en marzo de 1903. En ese momento hubiera sido lógico que nuevamente se deslindaran los campos y que en el panorama político dominicano se enfrentaran una fuerza política juvenil

de carácter liberal y el sector trasnochado que sirvió de instrumento a Heureaux. Pero no fue así, porque en el campo liberal de los nuevos se había producido antes, en abril de 1902, una lamentable escisión provocada por las intrigas. Hubo entonces dos partidos que no podían ser sino personalistas puesto que salían del mismo sector: el jimenista y el horacista, encabezados respectivamente por Juan Isidro Jiménez y por Horacio Vásquez.

Al quedar vencida y en posición la facción jimenista en abril de 1902, los dispersos miembros del antiguo "lilismo" se sintieron animados y le ofrecieron su alianza al jimenismo caído desnaturalizándolo. Por esta razón el golpe reaccionario de los viejos colaboradores de Heureaux en marzo de 1903 fue al mismo tiempo un desquite jimenista contra el horacismo. A esta circunstancia se agregó el hecho de que las filas del liberalismo horacista quedaron también contaminadas con la adición de otros "lilistas".

El conflicto de marzo de 1903 no fue pues un nuevo encuentro del liberalismo y el conservatismo, sino de dos facciones indefinidas, sin lineamientos doctrinales. Sólo personalismos, sólo intereses, sólo pasiones, sólo prejuicios, sólo literatura sin substancia, sólo revolucionismo criollo. Así se desenvolvió la vida dominicana hasta tres años después.

Desde 1906, resuelto el difícil problema financiero creado durante la tiranía de Heureaux y agravado en el turbulento período que siguió a la caída del tirano, se inició lo que en otro lugar he llamado un momento ascensional de la República, bajo la presidencia de Ramón Cáceres y con el concurso eminente de Federico Velázquez. Durante este período de nuestra historia republicana se insinuó nuevamente la división racional, esta vez entre el grupo gobernante, de una parte, con una política liberal caracterizada por la organización administrativa, las obras públicas, la educación popular, la independencia de los poderes y el respeto de las instituciones, y de la otra parte una circunstancial coalición entre inconformes hombres de armas de viejo cuño prontos siempre a la rebeldía, acostumbrados a ejercer caciquismos locales y hechos a las complacencias del ministerio de hacienda. Esta etapa de progreso, en que la honestidad y el carácter lucharon contra el rezago de antiguas

prácticas viciosas, terminó bruscamente en 1911 con el asesinato del presidente.

Como consecuencia de este crimen, entre 1911 y 1916 reinó el caos y la desesperanza. No hubo confrontaciones verdaderamente ideológicas. Los opuestos manifiestos partidistas no pasaban de ser bellos documentos redactados por talentosos secretarios que esencialmente no diferían. En la realidad político-social sólo había banderías personalistas y convulsionismo empedernido. La actuación de los cabecillas sólo dependía de la buena o mala índole de ellos o de sus consejeros.

En honor a la verdad, haremos un paréntesis para decir que en los más altos niveles de la política dominicana estuvieron siempre en mayoría de hombres honestos y bondadosos. Muy pocos del tipo delincuente como antes Cesáreo Guillermo y Ulises Heureaux y posteriormente Trujillo. Luperón, Meriño, Espaillat, Woss y Gil, Billini y González, del siglo pasado, fueron honestos. También lo fueron Santana y Báez, a pesar de su impiedad y ambición. Del comienzo del siglo XX hasta la ocupación militar extranjera, fueron honorables las figuras principales, es decir, Juan Isidro Jiménez, Horacio Vásquez, Ramón Cáceres, Carlos F. Morales, Federico Velázquez, Eladio Victoria, Adolfo A. Nouel, José Bordas Valdez, Ramón Báez y Francisco Henríquez y Carvajal.

Durante el período de desocupación de 1922 a 1924, pudo haberse formado una nueva fuerza política, una especie de liberalismo ilustrado o de vanguardia, en torno a un nuevo hombre en política magníficamente dotado: el licenciado Francisco J. Peynado, y otra de liberalismo histórico con Horacio Vásquez como candidato, que pudo haber representado una sana posición conservadora, pero desgraciadamente la situación degeneró en una contienda electoral de dos partidos de tradición personalista: de una parte el horacista y de la otra el jimenista. En efecto, este último se abrazó accidentalmente a la figura de Peynado, a falta de su antiguo líder, que había muerto en 1919, en un instintivo movimiento faccionario impulsado por pasiones y prejuicios que tenían su raíz en el pasado.

El voto popular favoreció al viejo caudillo en lugar del brillante abogado y civilista, pero es forzoso aceptar que Ho-

racio Vásquez, en sus seis años de gobierno, fue consecuente con los principios liberales de la revolución que él encabezó en 1899 contra la tiranía de Heureaux, y con su título propagandístico de "paladín de las libertades públicas".

Sólo flaqueó en el aspecto del continuismo, que fue el asidero aprovechado por Trujillo para traicionarlo y hacerlo derrocar en 1930 e implantar su régimen tiránico.

En los siguientes treinta y un años, que coincidieron con la época en que en todo el mundo se generalizó la lucha entre el capital y el trabajo, la astucia, la audacia, la incansable diligencia y los métodos de terror de Trujillo, sustituyendo toda manifestación política verdadera por un aparato propagandístico y por una organización feudal de la sociedad, sometió a muchos hombres capacitados al servicio del país y vinculó a éste internacionalmente para presentar en apariencia ante el mundo una nación en marcha que aceptaba la exigencia de protección del Estado a la clase trabajadora. Su megalomanía y la clara visión que indudablemente tenía de los problemas nacionales le llevaron a realizaciones útiles como el arreglo de la cuestión fronteriza, la legislación laboral, el pago de las deudas externa e interna, el régimen bancario y monetaria y muchas obras materiales, pero estos mismos logros sufrieron su propia acción negativa en la medida en que después le molestaron. La esquizofrenia creciente que manifestó en sus últimos años amenazó con destruirlo todo y condujo al país a la bancarrota económica y moral y a un intenso estado de desesperación colectiva.

Esta situación fue la causa de que, rebasada la etapa de la tiranía, cuando desapareció el temor y hubo libertad para el debate político, el pueblo dominicano se mostrara hondamente perturbado y no diera señales de aptitud para entender y aplicar los postulados de la democracia.

A mi juicio, esta crisis de general desorientación, que tuvo su culminación sangrienta en 1965, está ahora presentando síntomas de ir declinando de manera clara y decisiva, y va dejando definido un panorama político con sus parcelas naturales de derecha y de izquierda, correspondientes a las antiguas conservadora y liberal, fuertemente basadas en la estructuración social y en las respectivas posiciones ideológicas.

En la República Dominicana no se había formado desde 1844 un panorama político tan hondamente dividido en el sentido doctrinario, y esto lo considero una buena señal. No creo que a nadie le extrañe después de haber meditado. Ahora no se puede ser líder político sin poseer inteligencia extraordinaria y sin estar al día en conocimientos político-económicos. Pienso que la época de los líderes ignorantes y semi-civilizados puede que haya pasado ya. Dependiendo, las diversas posiciones, de la sustentación de ideologías más que de la adhesión a determinadas personas, en Santo Domingo no ha podido darse desde 1961 el fenómeno del caudillismo, aunque no ha faltado quien haya sostenido lo contrario en el calor de la disputa. No se ha producido ese fenómeno, como se produjo en 1844 por causa de la desaparición de la fuerza política de los Trinitarios; como se produjo después de la crisis de la Anexión debido a la supervivencia de Báez y a las disensiones internas, y como se produjo después de 1899 por la escisión del partido liberal.

Creo que respondería a la más saludable finalidad patriótica procurar que la actual división del panorama político no desaparezca para que pueda seguir habiendo un diálogo político en nivel doctrinario que obligue a ejercitar la inteligencia y a estudiar, pensar y adquirir y asimilar conocimientos. Ello evitaría el resurgimiento del crudo caudillismo; el encumbramiento de los más valientes, audaces y ambiciosos, aun sin luces. Sería un constante factor de educación social y de cultura no solamente en la dimensión intelectual sino también en el sentido moral. Sería el más fuerte estímulo a la alfabetización de las masas y a mantener el hábito de la lectura. Las inquietudes políticas irían teniendo otra naturaleza. No tendrían ni la frecuencia, ni la virulencia, ni la tosquedad, ni la vulgaridad que caracterizan las luchas entre facciones caudillescas.

Otra consecuencia importante de la actual división ideológica, la más importantes a mi juicio para el futuro, sería que ella provocaría, por ley natural, la formación de una fuerza política de centro, la fuerza de la ecuanimidad, la serenidad y el equilibrio, que ahora apenas existe, y que pudiera ser en el tiempo por venir la más poderosa. Ella tendría entre sus fines más valiosos mantener el debido

control de los excesos de la derecha y de la izquierda.

Estamos en tiempo de no repetir el error que cometió Pedro Santana en 1844 y de respetar la evolución sociopolítica que se ha iniciado. Sería lo que más convendría a la comunidad dominicana para alcanzar su madurez.

A ROMAN FRANCO FONDEUR

Por el Dr. Julio Genaro Campillo Pérez (ADH)

Hacia algunos meses que no viajábamos a nuestro querido Santiago de los Caballeros, pero la última vez que fuimos, cosa de hace tres semanas, nos enteramos de la enfermedad de nuestro querido amigo don Román Franco Fondeur y hacia su casa nos dirigimos. Cuando le vimos lucía aun animado, vigoroso, dispuesto a continuar su labor tradicional y quijotesca. Hablamos sobre muchos temas y pensamos que habíamos hecho mal en conversarle tanto a un enfermo. Horas más tarde, el médico de cabecera se alegró de que habíamos dado mucho ánimo a su paciente. Nos tranquilizamos mucho con esta noticia que compartimos con don Teófilo Gutiérrez, el otro visitante.

No sabíamos que estábamos despidiéndonos y sin embargo pasamos revista a tantos asuntos, como si estuviéramos escribiendo conjuntamente una de sus "minicosas de un latidesorden", pero ahora con nuestras firmas, sin la timidez del anonimato que tanto le acompañaba y sin necesidad de recurrir a aquel seudónimo tan jocoso de "Conrad Lazard" que le inspiraba un pobre demente que le visitaba algunas veces en las oficinas del Archivo Histórico de Santiago y que tantas tonterías vivía exponiendo con la misma seriedad que merece una tesis.

Alabamos muchas cosas que ahora suceden en Santiago, aunque lamentamos que los parques de la "Ciudad Cora-

zón", como siempre repetía, no se les remodelara con toda la dignidad que ellos merecen y nunca dotándolos como el caso del Parque Colón con los tochos y las farolas ornamentales que se venden en todas las fábricas de granito y de mosaicos, materiales que sirven como las zapatillas a las jóvenes de quince años para señalar que un apartado villorio del interior del país ha sido convertido por obra y gracia de la política en jurisdicción municipal, poniendo esos tochos y esas farolas al cuadro de tierra aún yermo pero situado frente a la iglesia parroquial del lugar. No supimos a que atribuir esta tipología del adefesio, y especulamos sobre la falta de fondos presupuestales, la incapacidad profesional, el mal gusto artístico y la codicia personal. Por un momento evocamos la figura de Onofre de Lora, un maestro constructor que sin títulos académicos había llenado de hermosas construcciones al viejo Santiago en que crecimos contemporáneamente.

Y es que Román Franco Fondeur nunca abandonó ese viejo Santiago, que se nos fue escapando de las manos, pero que él retenía sin desmayos día por día, aunque el progreso tratara de quitárselo repetidamene. De ese Santiago que en nuestra juventud nos brindaba en algunos centros sociales, temporadas de Carnaval, aguinaldos navideños, espléndidas cenas pascuales y de fin de año, reinados de varios tipos, bailes de etiquetas en fechas patrias y festivales primaverales. Y todo eso se ha ido de sus sitios para dar paso al Museo y al recuerdo. Para conseguirlo hay que viajar a Gurabito o a Canabacoa, no caminando peatonalmente sino consumiendo gasolina y en vehículo.

Constituyó siempre Román una de las estampas más destacadas del Santiago sentimental. Como lo es todavía el pariente Tomás Morel con su Museo Folklórico, Orlando Pichardo con sus fiestas patronales y Federico Izquierdo con sus dibujos y pinturas. De un Santiago que todavía conserva el Ateneo Amantes de la Luz, bajo la vigilancia permanente de Manuel Ulises Bonnely y de su esposa Vanessa y de una Alianza Cibaëña, sobre la cual velan Gustavo A. Vicent, Brunilda López de Pieter y Luga Ega viuda Yapur. Un Santiago sentimental que todavía permanece latente en muchos otros hijos del Yaque, sobre todo los que tuvimos

que mudarnos con el correr del tiempo, aunque ahora veamos otro Santiago, aumentado en edificios altos, grandes industrias, nuevas urbanizaciones, centros universitarios, y otras generaciones humanas, las que no conocemos.

Aunque Román lo conocimos desde la niñez, en el campo de la historia incursionamos primero con su mayor altar, con su ilustre padre don Ulises Franco Bidó a quien tuvimos la suerte de conversar casi todos los días cuando pasábamos por la puerta de su casa, camino hasta las oficinas de la redacción del periódico "La Información", donde laboramos por casi dos años. Don Ulises era una cantera de noticias y anécdotas del pasado que nos ayudaron mucho a nuestros primeros balbuceos en ese campo al igual que nuestro abuelo, Lic. Genaro Pérez.

En esos días todavía Román no había llegado a "La Información" como lo hiciera tiempos después en forma asidua y constante. Pero sí debemos recordar a su pariente don Luis A. Franco, Director del periódico, que hacía marchar a su diario por el filo de la navaja, trazando continuamente una censura moral para todo lo que escribíamos en aras de conducirnos por el camino de la noticia objetiva, carente de todas las alabanzas y ditirambos que para ese entonces se acostumbraba prodigar públicamente a Rafael L. Trujillo. Su lápiz era implacable en materia de tachaduras a toda terminología que olivera a servilismo y adulación. Por eso el periódico siempre se le consideraba "indiferente" y "poco cooperador". La última sanción, la del cierre no se la aplicaron por algunas razones que tal vez podamos explicar.

Don Luis llevaba una vida privada metódica y discreta, sin inclinaciones políticas. En la redacción de "La Información" de 1929 y 1930 figuraron nombres que acompañaron a Trujillo en sus gabinetes y quienes con sus escritos ayudaron inicialmente a la "causa redentora", seguramente ignorando el camino que iban a recorrer. Finalmente a Trujillo no se le ocurrió fundar otro diario en Santiago, como ocurrió en la ciudad capital, con "La Nación" y "El Caribe", con repercusiones negativas para el "Listín Diario" y sus propietarios, quienes en los primeros años, fieles a una "tradicción horacista" se mantuvieron renuentes para aceptar a la "revolu-

ción más bella de América”, la del látigo por más de treinta años.

Y al referirnos a “La Información” lo hacemos para reverenciar también a Román Franco Fondeur, quien parecía vivir en la redacción del diario como también parecía vivir en su oficina del Archivo Histórico de Santiago. En esta posición estuvo desde el 16 de agosto de 1958 hasta su muerte, percibiendo míseros sueldos y sin ninguna clase de extras, como hubiera sido un viaje al Archivo de Indias de Sevilla o a otra institución de este tipo. Y es que ni siquiera le gustaba viajar fuera de Santiago, como sería a Santo Domingo u otra ciudad dominicana, dando la impresión de que si abandonaba su puesto, los ladrones podrían robarle los documentos que con tanto amor conservaba. Quizás jamás pensó en que algún día ocurriría su partida definitiva y de que esos tesoros se quedarían en bóvedas y anaqueles, en plena orfandad.

Ramón nos ayudó mucho y de manera espontánea en la preparación de nuestro libro “El Grillo y el Ruiseñor”, por eso le confiamos el primer prólogo que todavía se conserva en la cuarta edición. También cooperó con nosotros en la defensa forestal, cuando trabajamos oficialmente en esa área, y en forma muy desinteresada nunca cesó de combatir los desmontes y el aprovechamiento salvaje de nuestros bosques. Esta materia ecológica le resultaba muy favorable para su cabalgar en la vida quijotesca. Como también la astronomía y su telescopio.

A veces polemizamos al discrepar en asuntos históricos, como fue el caso de la fundación de Santiago el 25 de julio de 1495 por Cristóbal Colón, fecha para lo cual nos pedía pruebas documentales imposibles y no los indicios y circunstancias que atestiguan la ocurrencia del hecho. Pero la polémica más aguda fue cuando rechazó de plano el gentilicio “santiaguense” el cual defendíamos a fin de que fuera compartido con su favorito el “santiagués” compostelano que nos dejaron los españoles de la Anexión (1861-1865) para no confundirnos del sitio de donde venían su mayoría, o sea desde Santiago de Cuba, donde el “santiaguero” que había nacido en nuestra tierra se lo habían llevado en sus equipajes nuestros coterráneos que abandonaron la patria chica con motivo de la cesión a Francia

en 1795 y las invasiones haitianas de 1805 y 1822. Para nosotros, estar en el Diccionario de la Academia es un privilegio jamás alcanzado por una ciudad dominicana, ni siquiera por la capital de la República. Además como abogados conocemos muy bien el principio de "lo que abunda no daña", y de que es mejor tres gentilicios identificadores que uno y hasta que dos. Santiaguero, santiagués y santiaguense. Al gusto del paladar. ¡Sin problemas!

Pero nunca discutimos por cosas materiales, esas que verdaderamente apartan a los hombres. Cuestión de diferencias de criterios y nada más. Por eso su muerte nos ha llegado al alma con gran profundidad, pues para nosotros ahora Santiago de los Caballeros será más pequeña y más lejana, aunque en la realidad sea todo lo contrario. Y es que los afectos cuando perduran no tienen sustitutos, pues solamente queda el vacío que llena de lágrimas a los ojos y de lamentos a los labios. Oremos!

NOTICIAS INFORMATIVAS DE LA ACADEMIA

OBITUARIOS

En el curso de este año de 1989, sufrimos la pena del fallecimiento de los siguientes académicos:

- 25 marzo 1989 : Licenciado Carlos Larrazábal Blanco, miembro supernumerario.
- 23 mayo 1989 : Licenciado Pedro Troncoso Sánchez. Tesorero y académico de número.
- 5 octubre 1989 : Román Franco Fondeur. Miembro correspondiente.

Paz a sus restos y gloria a su memoria. La Academia se solidariza con el dolor de sus familiares.

RECEPCION NUEVO ACADEMICO

Por otra parte en una hermosa y concurrida sesión solemne celebrada en el Museo de las Casas Reales, el 6 de diciembre de 1989, ingresó como de miembro número el licenciado Manuel García Arévalo, pronunciando el discurso correspondiente. Las palabras de recepción fueron dichas por el académico de número, doctor Carlos Dobal.

La Academia Dominicana de la Historia no se hace solidaria de las opiniones emitidas en los trabajos insertos en CLIO, de los cuales son únicamente responsables sus autores.

(Sesión del 10 de junio de 1952)